

1

CUANDO MARÍA ELENA me dejó, sentí la necesidad de subir al monte y prender ochocientas cincuenta y tres hectáreas de bosque. Es decir, exactamente la total extensión de árboles y matojo propiedad municipal desde tiempos inmemoriales y a la que, una vez por año, estábamos todos obligados a acudir con el indecente y oligárquico fin de realizar varias horas de trabajo comunitario sin salario ni seguro social.

María Elena se hartó de mí y dijo algo así como: no quiero verte nunca jamás y, por mí, puedes hundirte en las arenas movedizas más profundas del mundo y no tocar fondo hasta una semana después. Eso dijo, eso fue lo que me dejó descolocado, lo que puso fuera de sí mis nervios, lo que me hizo perder los estribos. Preso de una ira monumental que crecía según me iba imaginando en mi viaje, en mi largo y asfixiante viaje a través de las arenas movedizas, no me quedó otro remedio que tirarme al monte, subir por la estrecha y serpenteante carretera que llevaba

hasta la cima, caminar unos cuatro kilómetros entre zarzales, piedras y lagartijas y sentarme en la tierra a descansar durante un rato antes de sacar de mi bolsillo una caja de cerillas de cuerpo de madera y precioso fósforo rojo. Me quedé mirándolas como embobado. Noté que tenía la boca abierta y que algo de baba se había escapado de ella y trataba de correr hacia abajo por mi barbilla cuando, menos mal, recobré el sentido, salí de mi momentánea absorción y, en un gesto reflejo ante el cual agradecí encontrarme solo y perdido en medio del monte, me la limpié torpemente con el exterior de la mano izquierda.

No fue fácil, no lo fue, prender ochocientas cincuenta y tres hectáreas de bosque. Había llovido hace, qué sé yo, dos o tres días, cuatro a lo sumo, y aún el terreno, en las zonas perennemente oscuras del bosque denso, permanecía algo húmedo e inaccesible a mi caja de cerillas de fósforo rojo. Hube, pues, de buscar un sector más soleado que hubiera sido lo suficientemente caldeado a lo largo de, al menos, un par de jornadas, para que la hierba baja estuviese reseca y prendiera sin dificultad. Y es que, en esta ocasión, al haber sido un arrebatado de despecho producido por un amor no correspondido el motivo que me llevó a tirarme al monte con la sola intención de darle fuego y ver cómo ardía hasta consumirse y convertirse en la nada, no había tomado la precaución de llevar conmigo unos papeles, unas hojas de periódico, un libro de tapas de cartón o una revista del mes pasado, algo, en definitiva, que ayudase a crear el foco principal del incendio.

Pero no, en esta ocasión tenía las manos en los bolsillos, en el bolsillo la caja de cerillas y, en torno a mí, ochocientas cincuenta y tres hectáreas de bosque dispuestas a sucumbir ante mi deseo. Mi adversario y yo, cara a cara, el uno contra el otro. Me agaché, hincé una rodilla en tierra, encendí una cerilla y la deslicé bajo un matojo de

hierbajos. El oficio hizo el resto. El matojo de hierbajos prendió, los palitos que le arrojé encima prendieron, el viento sopló y el bosque se quemó. No todo de golpe, pero se quemó. Primero comenzó a tomar fuego el árbol que crecía sobre los matojos prendidos. Las llamas ascendieron por las ramas hacia la copa y allí, en poco tiempo, la verdad, desplegaron todo su esplendor. Y de un árbol al siguiente, como los monos de África, el fuego dio brincos, graciosos saltos y piruetas y el bosque quedó sentenciado antes de que las primeras sirenas de los camiones de bomberos sonaran allá abajo en la carretera.

Claro, María Elena me había dejado y había dicho todas esas cosas tan feas y que tan crueles sonaban en su siempre dulce boca. Desconozco de dónde sacó la idea de las arenas movedizas. Podía haber dicho un pozo séptico, pero tuvo que decir lo de las arenas movedizas, cuando por aquí, lo que de verdad tenemos en abundancia, son pozos sépticos. Pero María Elena miraba mucho la televisión y lo debió de observar en algún reportaje sobre animales salvajes que caen, por fallo en el cálculo y por vete tú a saber qué razón, en unas arenas movedizas de fondo insondable y caen y caen durante una semana hasta que hacen clic y chocan contra los esqueletos de animal salvaje que se encuentran en el fondo, los esqueletos de los congéneres suyos que habían corrido la misma suerte pero antes en el tiempo aunque en el mismo espacio.

Así que me entró una sensación de angustia y de ahogo y me tuve que tirar al monte. Porque si existe una muerte claustrofóbica, es la de por hundimiento en tierras cenagosas. Uno se hunde pero no siente al entorno cayéndole dentro de los pulmones, pues la densidad de la arena lo impide, uno descende y descende por efecto de la gravedad, pero la resistencia del medio convierte en una desesperante parsimonia el descenso, y, al final, acabas posán-

dote sobre el fondo como si fueras una pluma. Así que me entró una sensación de angustia y de ahogo y me tuve que tirar al monte con una caja de cerillas de cuerpo de madera y tratar de recomponerme los nervios a base de prender aquí y allá, que es lo que hago siempre que necesito relajarme un poco.

Estaba contemplando, sentado en una piedra, el asunto del incendio, escuchando las primeras sirenas de los camiones de bomberos que se acercaban a toda velocidad por la carretera y pensando que iba siendo hora de marcharse de allí cuanto antes si no quería tener que dar explicaciones que casi nunca sonaban demasiado convincentes, cuando la Virgen de Guadalupe se me apareció en una llama de un arbusto a punto de reducirse a cenizas. Fue en ese preciso instante, en la llamarada final que arrojan los cuerpos a punto de ser devorados definitivamente por el fuego, cuando la Virgen de Guadalupe se me mostró en todo su esplendor dentro de la llama refulgente y me dio las gracias por proporcionarle tanta belleza terrenal al mundo y por hacerlo, como no podía ser de otra forma, en su loor y glorificación.

Vestía una túnica blanca ribeteada con hilo dorado y cubría su cabello gracias a un gran velo de seda azul celeste que le caía sobre los hombros. Sus facciones eran muy suaves y apenas llevaba maquillaje: las mejillas sonrosadas con cierta artificialidad, los ojos realzados muy sutilmente y algo de brillo en su pelo caoba. No me sonrió, pero supe adivinar en su gesto un dejo de cordialidad. Levantaba la mano diestra y alargaba el dedo índice como queriendo dar mayor prestancia a sus palabras. Me habló, me habló y, mientras sus palabras fluían, limpias y sinceras, desde lo más profundo de la llama, no pude percibir, con nitidez, lo que sucedía a mi alrededor. Podían haberse estrellado todas las nubes del cielo contra el suelo, y yo

no me habría dado cuenta, tal era mi sensación de quietud, interés y paz.

La Virgen de Guadalupe me miró con sus grandes ojos azules ligeramente entornados y me dio las gracias porque ésta había sido, sobre todas las demás, la mejor demostración de amor que le había sido ofrendada en los últimos tiempos. Me dijo que las muestras de amor a la Virgen, y más a una Virgen nada popular en estas tierras como la de Guadalupe, se podían contar con los dedos de una mano. Así mismo me lo dijo, con los dedos de una mano. Caí en la cuenta, en ese preciso momento, de que yo mismo no era demasiado devoto de la Virgen y que siempre que había sentido la necesidad de implorar por tal o cual cuestión, me había dirigido directamente a Dios Nuestro Señor, porque ya puestos, era mejor no andarse con intermediarios y acudir derecho a quien tiene la sartén por el mango. Por supuesto, a la Virgen de Guadalupe, erguida y esplendorosa dentro de su llama en el arbusto, nada de lo dicho le transmití y manifesté, sin fingimiento alguno, mi gran gozo por la suerte de la aparición. A fin de cuentas, a uno no se le aparece la Virgen, aunque sea la Virgen de Guadalupe, todos los días.

Reaccioné a destiempo y escuché todo su mensaje sentado en la piedra. Hubiera sido más apropiado hincar las rodillas en el suelo y postrarme ante la llama, incluso, porque me conozco, aunque los sentimientos de incomodidad y azoramiento me hormiguearan las entrañas. Sí, lo correcto hubiera sido la respetuosa postración, pero no supe reaccionar a tiempo, de manera que escuché lo que ella tuvo a bien transmitirme sin mover un solo músculo.

Me dijo que las ofrendas escaseaban notablemente en estos tiempos de ateos e infieles, y que aceptaba con mucho gusto mis ochocientas cincuenta y tres hectáreas de bosque comunal. El fuego siempre había sido una fuente

de satisfacción para los suyos y cualquier ofrenda o simple muestra de respeto y devoción que lo utilizara como vehículo de transmisión de los buenos deseos, era motivo de gozo infinito. Por eso había llegado hasta la llama de esta forma, quizás algo brusca por lo accidental, y, ya que estaba aquí, no quería dejar pasar la ocasión para decirme unas cuantas cosas.

A mí no me hizo ninguna gracia el tono imperativo, pero era la Virgen de Guadalupe y no me atreví a replicarle. Así que me callé, continué en mi piedra, sin mover un solo músculo y ajeno a las sirenas de los camiones de bomberos que, cada vez, se hallaban más cerca del lugar.

Yo había sido siempre un buen chico, algo retraído y discreto, sin aficiones escandalosas ni motivos para dar que hablar. María Elena supuso mi primera y única novia hasta la fecha y nuestra relación, juiciosa, tranquila y decente. Nunca, de pequeño, había tenido problemas en la escuela más allá de las ridículas nimiedades que suceden a los niños. En la adolescencia, mucho menos. Mi carácter, demasiado introvertido, se tornó críptico en tan difícil edad. No fue hasta años después, cuando conocí a María Elena, que logré superar aquella timidez en suficiente medida como para invitarla a salir una tarde. La llevé al cine, no recuerdo qué película ponían, y, al terminar, fuimos a tomar un helado de fresa y vainilla. Eso fue todo, lo juro, y así transcurrió nuestra relación hasta que cuatro meses después me atreví a besarla en los labios. La Virgen, me confesó, aprobaba esos comportamientos entre novios siempre que, como resultado de ellos, no se desatase la lujuria. Eso dijo, la lujuria. Podía estarse, en ese aspecto, bien tranquila la Virgen, porque los primeros años de noviazgo con María Elena fueron, lo sé, tremendamente aburridos: íbamos al cine, comíamos palomitas de maíz, paseábamos por las afueras del pueblo, tirábamos piedras al río y nos co-

gíamos de la mano. Una vez, se la tomé por debajo de su falda y ella, superada la sorpresa inicial, comenzó a sonreír abiertamente y a mostrar toda su dentadura. Entonces llegó la lujuria y a la Virgen de Guadalupe no le pareció tan buena idea. Pero, la verdad sea dicha, pasó sobre el tema sin insistir demasiado.

Ella quería centrarse en el asunto de las arenas movedizas y la posterior muestra de amor a su figura santa. Fue directa al grano y comenzó a hablar de lo peligroso que es mentar a las arenas movedizas, sobre todo, y éste era el caso de María Elena, cuando no se tiene ni idea de lo que se está hablando. Me dijo, y yo se lo agradecí, que aquí, en el corazón de Europa, las tierras cenagosas brillaban por su ausencia. A mí me pareció que esta expresión, manida hasta la saciedad y que suele decir bien poco del bagaje cultural y lingüístico de quien la utiliza, sonaba especial en sus labios. Brillasen o no, lo cierto es que en Europa, si exceptuamos algún fangal poco profundo que se seca en cuanto lo calienta el sol durante una mañana seguida, las arenas movedizas brillan por su ausencia. Por eso a la Virgen de Guadalupe le pareció un desatino, y no pude menos que estar en completo acuerdo con ella, enviar a alguien con la intención de que perezca asfixiado en el fondo de tan inconcebible paraje. Por no hablar, claro está, de lo impropio que la muerte, en tanto que inducida, resulta para la tradición cristiana. Lo señaló, por supuesto, la Virgen lo señaló, no podía ser de otra manera, pero mostró mayor ahínco en el asunto de la equivocada percepción de la calidad del subsuelo europeo.

Y eso que yo no soy de aquí, dijo con el dedo índice aún más estirado que antes. Lo dijo como no queriendo parecer una entrometida de ésas que van criticando lo ajeno pero sin mirar lo propio. Asentí, la disculpé de inmediato y le aseguré que tenía toda la razón, que María Elena,

además de haberme abandonado destrozándome, con ello, los nervios, cometió una imprecisión geológica de gran magnitud y que, además, lo hizo con prepotencia y ordinariéz. Ella me miró a los ojos y me confesó que siempre le habían interesado todos los asuntos relacionados con los fangales y las tierras cenagosas, que era, más que otra cosa, una ocupación inocente con la que mataba las lentas horas de la eternidad. Sentí que daba ciertas circunvalaciones en su monólogo, que hablaba de vaguedades y que no iba al centro de la cuestión que le preocupaba de verdad. Sin perderle el respeto, faltaría más, le supe indicar, con el lenguaje no verbal que tan bien se me daba desde que, gracias a mi crónica timidez, lo había desarrollado en la niñez más temprana, el punto adecuado para dejar de andarse con rodeos y soltar todo lo que llevaba dentro. Ella supo interpretar como nadie mi mensaje y, siempre con el dedo índice en alto, me habló de que la escasez de ofrendas, en especial de las ofrendas que tenían al fuego como protagonista principal del rito, había ido incrementándose hasta el punto de que, a día de hoy, eran prácticamente un recuerdo del pasado. Incluso en los templos, en los territorios en los que la tradición ordenó encender ofrendas en las peticiones dirigidas a alguno de los suyos, personalmente o en grupo, la práctica y las nuevas normativas en materia de seguridad habían terminado para siempre con la presencia del fuego y éste había sido sustituido por despreciables e ineficaces bombillas eléctricas que se activaban mediante la introducción de monedas.

Por ello, cuando advirtieron la presencia del incendio que yo había provocado y reconociendo en mi persona a un fiel devoto de la causa cristiana, no se lo pensaron dos veces y el júbilo cubrió el cielo de gloria y los ángeles levantaron su decaído ánimo. A ella le tocó, tuvo suerte y, con humildad, lo reconoció, ser la protagonista de la apa-

rición en la llama. Un honor, dijo, había sido un honor. Y, además, por las nada despreciables ochocientas cincuenta y tres hectáreas de árbol y matojo propiedad del municipio desde el principio de los tiempos.

Para entonces, el fuego había devorado gran parte de los arbustos y una buena cantidad de árboles. Miré en dirección al frente y vi cómo éste comenzaba a bifurcarse y correr en direcciones opuestas. El viento, inconstante en su rumbo, ayudaba en la tarea. Si hubiera dilucidado la pertinencia de la ocasión para prender el monte observando, con antelación, las circunstancias ambientales, no habría tenido más acierto que si, como era la situación, el plan hubiese sido llevado de manera accidental y guiado, más que por otro motivo, por la necesidad de calmarme los nervios descompuestos.

Mis fosas nasales estaban colmadas de humo y el humo me hacía sentir felicidad. Por suerte, desde mi posición, lograba observar el magnífico espectáculo sin ponerme en peligro. El aullido de las sirenas de los camiones de bomberos se escuchaba ya muy cerca. Podía sentir el trajar de sus botas dentro de la cabina del camión, impacientes, deseosos de llegar y entrar en acción. Las ojivas comenzarían a arrojar su contenido sobre las llamas y acabarían con las más cercanas a nuestra situación, pero, por suerte, el incendio se había extendido lo suficiente para no ser controlable fácilmente. No, a estas alturas, sólo restaba verlo avanzar y permitir que las llamas acabaran con todo hasta que el cortafuegos, que además de como tal, actuaba como linde del bosque comunal, lo obligara a extinguirse por inanición.

Y, en ese momento, con las sirenas atronando en mis oídos y la visión de los bomberos expeliendo agua por sus mangueras a todo lo que pareciera, cuanto menos de lejos, un atisbo de fuego, caí en la cuenta de que la Virgen

de Guadalupe, si no hacía algo por remediarlo, tenía escrito el futuro inmediato. Traté de aclarar mi mente, pero la sola presencia de la Virgen en la llama la perturbaba con tal intensidad que únicamente pude esbozar hilos de pensamientos desvanecidos e inconexos. Aún así, supe que los bomberos no repararían en su presencia y tratarían de extinguir la llama sin miramientos, en lugar de preservarla de forma adecuada para que todos, ahora y en el día de mañana, pudieran saber del sitio, del fuego exacto en el que ella se apareció, y venerarlo como la reliquia que era. Debía, determiné, hacerles frente con toda mi pasión. Ella se lo merecía.

Cuando llegó el primero de los camiones, me puse en pie y lo observé. Con el fuego a mis espaldas y el humo circundándome, tenía cierta ventaja escénica: ellos no me esperaban mientras que yo ya aguardaba su venida. Entonces los vi descender. Como grandes monos de África moviéndose muy lentamente, enfundados en pesados trajes oscuros y cubiertas las caras con máscaras para protegerse del humo, comenzaron a caminar hacia mí.

Escuché algunos de sus rugidos bajo las máscaras y uno de ellos extendió los brazos y me señaló. El gran mono africano me había visto y yo era su presa. Tenía que moverme rápido, tenía que pensar muy rápido. Aquellas bestias no iban a detenerse. Sus cerebros primarios e incapaces de albergar pensamientos complejos, no podrían atender, por mucho que lo intentaran, las razones que yo poseía para defender el fuego. Así que contaba únicamente con mis propias fuerzas, con mi solo deseo de hacerlo perdurar sobre todas las cosas y, de esta forma, mantener con vida la sagrada imagen de la Virgen de Guadalupe.

Había, no sabría decir exactamente cuántos porque todo estaba muy borroso y algo en mi cabeza no me permitía pensar con absoluta liquidez, por lo menos, diez

o doce monos grandes y negros. Rugían y me miraban con sus enormes ojos de máscara antigás y podía escuchar, desde donde yo me encontraba, el ritmo de su respiración agitada y perversa. Algunos levantaban los brazos o los extendían para mostrarme su poder. Hubo quien se golpeó, con los puños cerrados, el pecho y miró hacia el cielo. Pero nada de eso me intimidó. Mi misión era una y clara: preservar el fuego de cualquier agresión.

Los monos empezaron a desplegar las mangueras amarillas con las cuales extraerían el agua de las ojivas y la arrojarían sobre la base de las llamas. Dejé de observarlos durante un rato y giré la cabeza para mirar, tras de mí, dentro de la tenue llama que poco a poco consumía el arbusto que le proporcionaba energía, a la Virgen, con su delicado dedo índice alzado y la mirada más bondadosa y comprensiva que había visto jamás. Le prometí, me prometí a mí mismo, que, si era necesario, daría la existencia para salvarla de los salvajes que la pretendían con la más perversa de las intenciones. La mía, sobre todas las demás, era una misión divina y estaba tocada por el mismo manto de Dios.

Rugí yo también y volví a observar los movimientos de los monos. Me señalaban con el dedo y alguien que parecía ser el guía de la manada estrechó sus manos negras y estrujó el aire entre ellas mientras me miraba. No lo pensé más, agarré la primera piedra que encontré y se la lancé. Los monos se sorprendieron mucho y dieron un paso atrás. Yo rugía con denuedo y pretendía mostrarles que no tenía miedo, que les haría frente en todo momento y hasta el final, que el fuego era intocable y que sólo acabando conmigo podrían extinguirlo después. Cogí más piedras, tres o cuatro, y las lancé en su dirección. Una impactó en la luna delantera del camión y la hizo añicos. Las otras golpearon en el suelo, pero tan cerca de la posición

de los monos, que se asustaron, cobardes, arrojaron la manguera y corrieron a refugiarse tras el camión. El guía de la manada fue el primero en salir del escondrijo y lo hizo rugiendo más que nunca y ordenando al resto de los machos que le siguieran sin temor. Eran fuertes, muy fuertes, y cuando se dieron cuenta de que yo no lo era tanto, consideraron inevitable arriesgarse a recibir el impacto de una piedra si, como contrapartida, conseguían derrotarme.

Los monos se acercaron a mí y me rodearon. Yo no me arredré y les planté cara. Rugí en sus propios rostros cubiertos con las máscaras negras. Extendí, como les había visto hacer a ellos, mis brazos en toda su extensión y golpeé mi pecho. Me rodeaban por todas partes pero mis aspavientos les amedrentaban y no se decidían a agarrarme. Aprovechando su indecisión, decidí elegir a uno de ellos, el que en tan poco tiempo para el análisis ponderado decidí que era más débil que los demás, un viejo macho cuyo pelo cano asomaba tras la máscara, y me lancé con todo mi ímpetu contra él. Le golpeé con la cabeza en el pecho, se tambaleó y ambos caímos al suelo. La tierra estaba caliente y quemaba la piel, pero éste era mi entorno natural, mi territorio preciso, y no sólo no sufrí con el contacto, sino que agradecí contar con esta ventaja. El macho y yo rodamos varias veces mientras los demás, asombrados por mi pronta reacción, no sabían qué hacer. Cuando al fin nos detuvimos, sujeté sus brazos y embestí con mi propia cabeza sobre su máscara. Los dos ojos negros se partieron en el impacto y el mono comenzó a aullar presa del pánico. Qué es lo que vas a hacer, maldito animal, grité sin perder de vista a la manada. Volví a descargar mi cabeza sobre él pero en esta ocasión lo hice un poco más abajo, en la protuberancia de la máscara por la que el mono respiraba. Trataba de obturarla, de dejarle sin aire, de acabar con él de una vez por todas. Vi, entonces, un líquido oscu-

ro sobre la máscara y rápidamente comprendí que se trataba de mi propia sangre que había comenzado a brotar desde una ceja abierta. Mejor, me dije, a los monos les asusta ver sangre. Así que aproveché para ponerme en pie y bramar desde lo más profundo de los pulmones.

Cuidado, está fuera de sí, oí que decían con sus voces cavernosas. No os acerquéis, dijo alguien. Cuidado, mucho cuidado, dijo otro. Les había hecho sentir el miedo, el verdadero miedo. Se situaron en torno a mí, rodeándome, pero sin intenciones de acercarse. Estaban encorvados hacia delante, en temerosa alerta. Podía sentir cómo sudaban dentro de sus uniformes ignífugos y cómo el miedo les helaba la columna vertebral. Hice un par de amagos de embestir contra uno de ellos y todos, al unísono, se pusieron a chillar y a expeler voces que no siempre conseguía comprender. Estaba algo mareado y comenzaba a dolerme la cabeza, pero sabía que el control de la situación estaba de mi lado. Los monos jamás tratarían de atraparme. Abrí mis brazos en demostración de fuerza y volví a sentir su terror. Más allá, el incendio se extendía irremisiblemente.

Miré, con varias ojeadas rápidas que no delatasen mi interés, pues a buen seguro habrían realizado lo posible por castigar ese débil flanco, hacia la llama desde la que la Virgen de Guadalupe observaba lo que allí estaba sucediendo. Vi la aprobación de mis actos en su rostro. Sentí el orgullo de pertenecer a esa inmortal raza de luchadores que la fe había tenido siempre de su lado. Mi cruzada era la última cruzada y yo era el único miembro del verdadero ejército de Dios.

De improviso, los monos dieron media vuelta y regresaron al refugio de los camiones. Sabía que era demasiado pronto para que todos ellos se rindieran. No, habría aún más lucha. Pronto, muy pronto, mis intuiciones se

vieron confirmadas: un automóvil de la policía con las luces azules y rojas brillando, apareció, lento y pesado, como una serpiente venenosa antes de lanzarse sobre su presa, entre el humo. Eran los refuerzos que los monos habían solicitado ante su incapacidad para hacerme frente. Sí, mi pujanza no había hallado enemigo en ellos. Poco después, dos policías descendían del coche patrulla y las luces sobre su techo iluminaban sus rostros diabólicos. Traían el infierno y la condenación perpetua. Traían la muerte inyectada en sus ojos rojos.

Los cerdos me gritaron algo que no pude comprender. Que, quizás, ni quise comprender. No quería escucharles pues su sola palabra portaba la más cruel de las muertes y la desesperación para todos nosotros. Los monos, sucia ralea de perdedores, hablaban con ellos y señalaban en mi dirección. Yo recé con todo mi corazón y encomendé mi alma a la Virgen de Guadalupe con el entero convencimiento de que si, llegada la hora, había de vérmelas ante en mismísimo Señor de la Creación, ella intercedería por mí. Y dejé de sentir. Un amor infinito embargó todo mi ser y me sentí feliz, feliz de verdad y con tal potencia que creí que el pecho me iba a reventar.

Tírate al suelo, me gritó uno de los cerdos. Yo, me erguí en el nombre de Dios, extendí mis brazos e invoqué a mi dueña y señora. Ellos no se inmutaron al escuchar el rugido y comenzaron a caminar en mi dirección. Pedí, a viva voz, que Satanás se alejase de mí. Ellos, por toda respuesta, se llevaron la mano a la cintura y extrajeron sendos revólveres con los cuales me apuntaron. Tírate al suelo, repitió el mismo cerdo que antes había hablado. Su voz pretendía sonar tranquilizadora, pero a mí esas tretas no me engañaban: no todos saldríamos con vida del choque. Los cerdos, a diferencia de los monos de África, no temían

a la muerte porque el propio Lucifer les premiaría, tras ella, con la resurrección y volverían a integrar sus hordas.

No perturbéis la obra de Dios, les grité. Mi piel y mi ropa estaban negras como consecuencia del humo y las cenizas y tenía el rostro cubierto por la sangre que caía desde mi ceja abierta. Soy su soldado y defenderé la casa del Señor, dije. Aquí están mis manos desnudas, mi ser perfeccionado por la bondad divina, añadí después de una pausa. Me costaba tomar aire pero el incendio a mi espalda me alentaba a cada momento.

Uno de los cerdos efectuó un disparo al aire. Sonó seco y brutal. Hizo una señal al otro cerdo para que se separara y se acercase a mí por el extremo opuesto. Se aproximaban. Estaban muy cerca. La piara entera se cerraba en torno a mí, con cautela, precavida, absurdamente serena en cuerpos tan ridículos.

Si ofreces resistencia, puedes salir malherido, decían como si sus balas en verdad pudieran mellar mi cuerpo. Tiéndete en el suelo, decían. Pero yo ya no escuchaba. Tan sólo el crepitar de los árboles ardiendo en la espalda me acompañaba. Entonces, la Virgen de la Llama reclamó mi atención y tiró de todo mi ser con vigor. Me asía de las mismísimas entrañas y por nada del mundo hubiera realizado algo por zafarme. Quería irme con ella, estar a su lado para siempre. ¿Acaso existía mejor compañía para un soldado de Dios? Ven, me dijo, te indicaré cuál es tu sitio.

Los cerdos estaban a escasos metros de mí. Alcanzaba a ver sus pechos respirando agitadamente y las fugaces miradas que se cruzaban entre sí. Yo también les miré y en mi rostro, tras la sangre y la ceniza, les mostré la paz de mi alma. Les enseñé las palmas de las manos y abrí mi corazón: no os temo en modo alguno, pues dentro de mí mora el Señor de la Creación. Soy su humilde siervo y ésta es mi ofrenda.

De un movimiento rápido, arranqué el arbusto por su base y, con la Virgen de la Llama apretada contra mi pecho para salvaguardarla de los monos y de los cerdos, giré en redondo y corrí hacia el incendio. Corrí y corrí, y sorteé cuantas brasas pude entre el fuego hijo del fuego que yo atesoraba en mi regazo. Aquello en lo que me internaba era la auténtica salvación del mundo, el vástago que había nacido de vientre impoluto y llegaba a nosotros para redimirnos de todo mal. Del mal.

2

CUANDO RECOBRÉ el sentido, me hallaba tendido en la cama de un hospital con el cuerpo vendado en, qué sé yo, el cuarenta por ciento de su superficie, y un par de fuertes correas de cuero marrón me sujetaban al somier por la cadera y el bajo vientre. Sentía unos dolores terribles, al margen de los cuales, me encontraba bastante tranquilo. Miré a mi alrededor y no observé indicios de los bomberos ni de la policía. Me encontraba solo en la habitación, con la persiana entrecerrada y una tenue luz barriendo los pocos muebles: un par de sillas desvencijadas, un armario con las puertas cerradas y una mesita estilo años setenta sobre la que descansaba un gran tarro destinado a preservar ramos de flores de la marchitación más absoluta sin ramo de flores en su interior.

De la Virgen de la Llama, ni rastro. No sabía cuánto tiempo había permanecido en aquella situación y lo último que lograba recordar era la batalla en medio del

monte. Después de aquello, debía de haber perdido el sentido, lo cual facilitó que la policía me prendiera. No lo sé. No conseguía recordar nada. Un gran hueco se había abierto en mi mente y ahora era mi tarea tratar de recomponerlo. En cualquier caso, no se hacía difícil imaginar lo que había sucedido. La Virgen de la Llama ya no estaba conmigo.

Observé la bolsa de suero sobre mi cabeza. Estaba casi llena y las gotas iban cayendo con una tranquilidad pasmosa. El silencio era tal que podía escuchar el sonido del suero circulando por el interior de la sonda. Apenas alcanzaba a moverme y no precisamente por las correas que me sujetaban a la cama: el dolor se agudizaba cada vez que intentaba efectuar el más leve movimiento. Hasta parpadear se volvía un proceso tormentoso. Así que una vez tomada buena cuenta de mi situación y concluido lo lamentable de ella, resolví permanecer quieto a la espera de ocurrencias.

Mamá llegó un par de horas después. Irrumpió en la habitación desarrollando toda la serie de aspavientos y gesticulaciones tan propios de ella. Mamá, estoy bien, le dije varias veces tratando de aplacarla. Pero mamá seguía a lo suyo, repitiéndome una y otra vez lo disgustada que estaba conmigo, lo malvada que había sido María Elena y lo inconsecuente de mi reacción. Eso decía: José María, así no podemos vivir. Y continuaba escupiendo su retahíla de incoherencias que golpeaban dentro de mí hasta quebrarme el encéfalo.

Mamá había hablado con el abogado, el abogado había hablado con el fiscal y el fiscal había hablado con el juez. Ése debía ser el procedimiento habitual cuando alguien prende las fincas comunales. Decía, mamá, que todo estaba bien, que no se presentarían cargos si aceptaba permanecer una temporada en el hospital hasta que me recu-

perara de las heridas y pudiera recibir terapia para ver si, de esta manera, conseguía centrarme un poco. Finalmente, el incendio pudo ser sofocado una vez que la policía me halló sin sentido y medio asfixiado, aunque se perdió casi todo el bosque. De cualquier forma, le dijo el comisario a mamá en confianza, cualquier pastor las habría quemado en cuanto hubiera llegado la primavera con la intención de ganar terreno para el pasto. Aunque, claro, eso jamás puede llegar a demostrarse.

No pude sentirme sino indignado ante tanta maldad pueril y materialista. Yo era un hombre de Dios y la mía era su obra. Pastos para las malditas cabras. Sólo un miserable campesino, incapaz de juntar con cierta precisión y galanura las yemas de los dedos índice y pulgar y conseguir que el gesto no parezca una grosería, puede sentir interés por tal bajeza. Dios le confunda en sus proceder. Así debía ser pues las santas actuaciones deben quedar reservadas para los devotos trances. Y nada más. Servir a Dios y a todos los suyos a través de cada uno de los inescrutables senderos que se ponen a nuestro alcance y tratar de dirimir cuál de ellos puede convertirse en el más apropiado para que su obra germine fructífera. Ah, si pudiera acopiar los ánimos suficientes para levantarme de la cama y emprender camino a la guarida de aquellos incendia-bosques que lo hacen sin respeto por la alta presencia... Me erguiría en imparcial adalid de la justicia verdadera, aquella que tiene a los que obran en el sentido correcto por únicos y auténticos artífices.

Pero mamá apenas dio importancia al asunto de la confianza del comisario, de forma que, una y otra vez, hasta agotar mis ya escasas energías, insistió en la necesidad de guardar reposo y asumir terapia para resolver todos y cada uno de los problemas que, a su juicio, me asolaban. Mamá, por supuesto, creía en Dios y en su extrema bon-

dad, y, cuando interrumpí su perorata para interrogarla en torno a la devoción que podría haber sentido en alguna ocasión por la Virgen de Guadalupe, me miró con extrañeza y se incorporó en la silla. ¿Por qué me preguntas eso, José María?, dijo. No, por nada, repliqué. Pero entonces supe la verdad intuida en la inflexión de su voz: a mamá le traía sin cuidado la Virgen de Guadalupe y probablemente ni una sola vez en su vida le había regalado ni la más miserable y exigua de las oraciones. Quizás, pensé, éste se aparecía como un momento tan bueno como cualquier otro para iniciar un culto próspero y sincero, así que solicité a mamá que se postrara al pie de la cama, sujetase con reciedumbre las correas que me aprisionaban el bajo vientre y rezara conmigo un rosario completo.

Trató de zafarse, cierto es, pero ante mi insistencia pronto supo que no le quedaba otro remedio. Teníamos que alimentar nuestra alma y yo debía iniciar mi peregrinaje. Y qué mejor comienzo que aquel que tiene como protagonista al seno desde el que uno mismo ha visto la luz. Mamá empezó a murmurar por lo bajo las oraciones mientras yo las iba correspondiendo con un amén final en cada una de ellas. El sonido del suero en la sonda corría hacia mi vena llenándome de gracia y sentido. Comencé, ruego tras ruego, a sentirme cada vez más fuerte, más abierto a cada una de las sensaciones que iban haciendo aparición en mi mente, más, en definitiva, libre y cabal.

Después de un largo rato recogidos en oración, mamá dijo que le dolían las rodillas y que necesitaba descansar. Había pasado una semana muy dura, con repetidas idas y venidas al hospital y no menos visitas al bufete del abogado. La mayor parte de las noches las había pasado durmiendo en un sofá de la sala de espera contigua, arropada con una manta que las enfermeras del turno de noche habían tenido a bien proporcionarle, y nunca más

de tres o cuatro horas seguidas. Se había alimentado de bocadillos de mayonesa y barritas de chocolate obtenidos en el expendedor que, según me dijo, estaba situado en el vestíbulo del edificio y, ciertamente, su aspecto se aparecía bastante demacrado. Cuando indicó que le dolían las rodillas, permití que la oración cesase para que volviera a sentarse en la silla y, desde allí, ambos en silencio, reflexionásemos sobre nuestra actual situación y sobre la proximidad del no menos incierto futuro.

Queriendo, sobre todo lo demás, tranquilizarla, le confesé que aquel período de recogimiento había sido muy importante para mí. Llevaba casi tres horas despierto y me estaba acostumbrando a convivir con el dolor. No es tan duro, mamá, le dije. Es cuestión de no prestarle demasiada atención. A fin de cuentas, no se trataba más que de las señales que la Virgen de la Llama había dejado sobre mi carne, verdaderos estigmas que lejos de humillarme, me enorgullecía portar y lo hacía con júbilo. Sonreí a mamá y mamá me sonrió. Supe entonces que aquel era un buen momento para pedirle que soltara mis amarraduras. ¿Adónde iba a ir yo en mi estado? Dudo que hubiera podido caminar hasta la puerta de la habitación sin sucumbir a mi debilidad. Pero mamá, a pesar de todo, tuvo dudas. Insistí y aporté los razonamientos lógicos necesarios, razonamientos que ella comprendió uno tras otro, pero, incluso así, mamá tuvo dudas. Hazlo, insistí.

No pudo resistirse y, con manos temblorosas, comenzó a deslizar el extremo de la correa por la hebilla metálica. Precisamente en ese instante, la puerta de la habitación se abrió y entró una cohorte de enfermeras vestidas de immaculado blanco acompañadas de un hombre algo viejo, bastante alopécico y, dada la prosapia de su porte, ridículamente desdentado. No me gustó desde el primer

minuto. Pero me dije que se hacía oportuno guardar las apariencias y esperar acontecimientos.

Una de las enfermeras, al ver a mamá postrada sobre mí forcejeando con mis ataduras, hizo ademán de abalanzarse sobre ella con la intención de detenerla, pero el hombre se lo impidió. Con una sonrisa en los labios nada propia de alguien con tantas carencias dentales, se dirigió a mí y me llamó por mi nombre de pila. Dijo que se alegraba de encontrarme despierto, que era una satisfacción contemplar mi evolución y que lo peor había pasado. Mamá, mientras tanto, terminó de trajinar con las correas y me sentí libre. Fue simplemente una sensación pues, aunque lo hubiera deseado con todo el fervor de mi alma, ni por lo más remoto habría sido capaz de moverme.

Las enfermeras comenzaron a ponerme sus manos encima, a tomarme la temperatura, a verificar el estado de la aguja en la vena de mi brazo, a levantar ésta y aquella venda para que el tipo sin dientes pudiera contrastar con sus propios ojos las evoluciones de mis estigmas y, en definitiva, a realizar los rituales que se supone les son propios. El hombre, mientras tanto, me dijo que era mi médico, que me había atendido desde que la policía me trajo al hospital y que, por supuesto, me daría el alta cuando considerase que me hallaba plenamente recuperado de mis heridas. Noté que esto último lo decía infiriendo un tono enigmático a sus palabras, tono que pronto abandonó para soltármelo a las claras: José María, precisas recibir terapia que ayude a hallar tu lugar en el mundo.

Vaya, así que de eso se trataba. El tipo no confiaba, y creo que tampoco mamá ni la cohorte de enfermeras que no paraban de manosearme sin asomo de recato, en mi equilibrio mental. Justo cuando me hallaba cercano al sentido auténtico que mi errabundo devenir me había negado una y otra vez, me veía en la tesitura de escuchar pa-

labras tan cargadas de insensatez. No, ellos no eran capaces de comprender la verdad de mis afirmaciones, luego se hacía pertinente ocultárselas. Traté, pues, de parecer cordial y asumí lo dicho con una caída de párpados. No iba a darles más. Eso era todo. Después, les observé con detenimiento y volví a cerrar los ojos, pero esta vez de forma permanente.

Escuché cómo el doctor se dirigía a mamá y le decía que iba a permitir que continuara mi convalecencia sin las correas sujetándome a la cama. Aquello no había sido nada más que una medida transitoria obligada por el protocolo policial, pero ahora que conocía de primera mano que no existían antecedentes penales ni violentos en mi historial, no concurría, tampoco, razón alguna para seguir tratándome como a un delincuente. El incidente del bosque quedaría, como ya el abogado le había comunicado a mi madre, en un simple asiento en mi ficha. En lo sucesivo, permanecería bajo la responsabilidad estricta del estamento médico y de la evolución de mi proceso dependía que, más pronto que tarde, pudiera reincorporarme a mi rutina normal sin causa penal pendiente alguna.

Mamá asentía continuamente con un sí mustio y desenhebrado que mostraba toda su aflicción. La mujer estaba rota por dentro y, casi, por fuera. Me daba mucha pena. Todo aquello que el doctor le lanzaba con crueldad al rostro la estaba terminando de hundir. A pesar del cúmulo de ignominias y falsedades farfulladas por el tipo, la buena mujer le daba crédito porque a algo tenía que aferrarse. Me temo que mi insistencia en la oportunidad de la oración como paso previo y necesario para acceder a la auténtica cordura, no había causado el efecto deseado. Su espanto había ido en aumento y era éste el punto en el que las palabras cubiertas de la sinrazón del médico se aparecían, para ella, como las más útiles y fiables.

Por fin, el doctor se calló, las enfermeras dejaron de tocarme y todos encaminaron sus pasos hacia la puerta. No habían cerrado por completo ésta tras de sí, cuando abrí, de nuevo, los ojos y contemplé a mamá. Se hallaba tan empequeñecida en la silla, diminuta, perdida en una inmensidad de desdicha, que la contemplación del dolor, quebró, también dentro de mí, algo que no sabía si iba a poder recomponer algún día. Porque conseguía soportar mi dolor, pero no el infligido sobre mi propia madre. Recordé, entonces, que la Virgen había sido madre, bien es cierto que gracias a una inmaculada concepción, y que, por ello, perduraba algo de santidad en cada una de las madres que, tras ella, habían concebido vástagos mácula mediante. Así que decidí hacer mío el sufrimiento de mamá y, conmovido, se lo dije: mamá, sufro contigo y haré lo que esté en mi mano para ponerle remedio.

Mamá creyó que le estaba prometiendo que haría todo lo posible por sanar de mi descoordinación y semejante gesto en boca de su hijo lisiado le hizo brotar las lágrimas de emoción. Te vas a poner bien, cariño, te vas a poner bien, me decía sollozando. Y yo sabía que estaba en lo cierto, que me iba a poner bien, que se trataba simplemente de resistir hasta que los estigmas cicatrizaran y las vendas me fueran retiradas. Ése era el límite. El resto suponía iluminación y percepción mariana. ¿Qué había de malo en ello? ¿Qué que a todos los que la cuestión podía referirse acababan recomendando inmediata, si fuera necesario disponiéndolo por la fuerza, terapia para zanjar el problema? Mi visión era distinta y, cada vez me iba convenciendo más, cercana a la de todos los que, a lo largo de la historia, habían sido partícipes de experiencias similares a la mía.

Pero el futuro había de reservarme nuevas preocupaciones para las que no estaba preparado. Mientras cada

vez me iba sintiendo mejor y las vendas se retiraban con mayor frecuencia para permitir que las heridas respiraran hasta su total sanación, la sensación de que en quienes trataba de no pensar me observaban cada vez con mayor atención haciéndome centro de sus delirios, se tornaba obsesiva. Los había visto por primera vez en la batalla del monte y, a lo largo de las interminables horas de ausencia y soledad en la cama del hospital, centellearon en mis recuerdos. Traté, en todo momento, de hacerles frente con la mayor firmeza y alejarlos de mí sin titubeos, pero volvían una y otra vez, me asaltaban aprovechando el desvalimiento de mi soledad y la nocturnidad de las pesadillas, me golpeaban las sienes hasta conseguir que ni los sedantes pudieran aplacarlos.

Las bestias del averno estaban ahí, frente a mí, adquiriendo el demonio apariencia animal a través de ellas y hallando en mí, el auténtico depositario del amor de la madre de Nuestro Señor, su peor enemigo. De acuerdo, me dije tratando de sobreponerme al reto, aquí me tenéis, me opondré a vosotros con todas mis energías y contando, para ello, con la inestimable ayuda del más poderoso entre los poderosos. No iba a amilanarme, claro, no hubiera sido lo correcto ante los ojos supremos que me contemplaban, así que me dispuse a no volver la mirada una sola vez más, a luchar con determinación, a no desfallecer jamás o morir en el intento.

Cada mañana, después de desayunar, una enfermera, casi siempre la misma, entraba en la habitación para limpiarme las llagas. Después de varios días de hacerlo, había conseguido entablar, a pesar de que yo me mantenía alerta, cierta confianza, la suficiente para que la conversación evolucionara fluida. Me pareció una buena muchacha y, en verdad, no tuve demasiadas dudas sobre ella. Ciertamente, al principio, me sorprendió que colgara de su cuello

un crucifijo de oro y, al mismo tiempo, blasfemara de continuo como un camionero borracho y encelado, pero pronto tomé conciencia de que aquello no suponía más que un tic en la muchacha. Su forma de hablar era como para otros chasquear sin necesidad la lengua o alzar incontroladamente los hombros. Sucedió y no había que darle más vueltas.

La enfermera era muy hábil en su trabajo y no solía hacerme demasiado daño. Pero aquel día una de las heridas se había abierto por la noche y sangró un poco. Sólo Dios sabe qué fue lo que vertió sobre ella, pero el dolor que provocó fue tan intenso que me hizo agarrarme a las barras laterales de la cama hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos. Y con el dolor, el alarido que lo explicitaba lo debieron escuchar a varias manzanas de distancia.

Mi grito no era normal, dijo la enfermera. Bien se hacía cierto que debía dolerme un poco, pero no tanto para tan desproporcionada respuesta. Algo acaecía que estaba escapando de su atención. Miró y observó pero sólo pudo ver una herida idéntica a las muchas que había curado a lo largo de su vida. No puede dolerte tanto, me dijo, es imposible en una herida cuya curación se halla tan avanzada. Es imposible. Quizás lo fuera o quizás simplemente se tratase de una maniobra del maligno. No lo sé. Cómo lo iba a saber yo, pobre de mí. Pero pronto los hilos irían desenmadejándose para reconstruir una malla perfecta en la que todo encajara.

La mujer salió al pasillo y, a alguien que yo no lograba ver, le pidió que llamara al doctor para que viniera a examinar mi estigma y le diera su opinión sobre el avance del proceso curativo. Imploré que fuera cuanto antes y que alguien, de una vez, me quitara el insoportable dolor. Grité un par de veces más, tratando así, de exorcizar a lo

que me estaba quemando por dentro. Sujetaba las barras metálicas de la cama como si aquel fuera el único asidero disponible antes de caer definitivamente en las fauces abisales del averno más terrorífico. Ayúdame, le pedí a la Virgen. Pero ella no estaba, no, la había perdido y, comenzaba a sospechar, acaso definitivamente. Estaba solo y debía hacer frente a lo venidero sin contar con nadie.

Miraba insistentemente hacia la puerta como miran los que saben del lugar por el que ha de llegar la salvación o, cuanto menos, el alivio. La enfermera continuaba allí, en el pasillo, observando lo desconocido y aguardando a que quien ambos esperábamos con impaciencia, se presentara de una vez. Pronto observé, mientras mis dientes rechinaban e inhalaba y expelía aire como si de una parturienta primeriza se tratase, que el gesto de la enfermera cambiaba. Sí, por fin había reconocido a alguien al fondo del pasillo. Me lanzó una corta mirada antes de volver a observar hacia lo que yo no podía vislumbrar y aquello me bastó para saber que lo que se acercaba era lo que me estaba destinado. Existía un vínculo inviolable entre lo que estaba llegando y lo que yo era.

Y el resto ocurrió muy deprisa pero no lo suficiente para pasarme inadvertido. El gran lobo gris se situó en el quicio de la puerta y olisqueó el interior. Supe que el olor de mis heridas le excitaba y le había atraído desde aquella que fuera su guarida infecta. Sentí un momento de pánico, mas hice acopio de ánimos y logré serenarme un poco. El gran lobo gris me miraba sonriente y la baba le resbalaba entre los dientes. Trataba de infundirme el mismo pánico que yo estaba tratando de controlar y luché contra él. Oh, Dios, cuánto deseé en aquel instante que alguno de los nuestros estuviera junto a mí para, codo con codo, luchar contra los que destruyen tu reino...

Oí cómo el gran lobo gruñía y cómo la enfermera le susurraba palabras dulces en su oreja peluda. Supe que ella también estaba del lado de los malvados, de los que propagan la estirpe de la perdición y no evitan que su semilla florezca. No quise ni pensar en cuántas veces el frágil y sensual cuerpo de la enfermera, intuible bajo la casi transparente bata blanca con la que todas se ataviaban en el hospital, habría sucumbido al penetrador órgano del gran lobo. Allí, en cualquiera de los rincones del edificio, en las letrinas, en los vestuarios, en la despensa, en cada uno de los terrenos en los que el demonio obtenía su liberación, el lobo babeaba sobre los senos desnudos de la mujer, lamía su cuerpo virginal, la hacía suya una y otra vez, sin descanso, sembrando la progenie del mal, el significado de lo infinitamente inicuo, la esencia del lado oscuro.

Sí, la enfermera apoyaba sus brazos en el hombro del gran lobo y le susurraba obscenidades al oído. Ya no existiría redención para ella y para todas la que, como ella, habían abrazado las tesis de mal. Estaba solo, lo sabía, estaba muy solo y haría de aquella habitación del hospital mi campo de batalla. No iba a entregarme sin ofrecer resistencia, debía ser fiel a lo que de mí se esperaba. Habría dado mi brazo derecho por poder contar en aquel trance con la ayuda divina y, aunque sabía que ésta era una prueba que debía superar yo solo, imploré una vez más: Dios, ayúdame a vencerles.

El gran lobo gris borró de inmediato su sonrisa cuando escuchó mis palabras. Le contrariaba oír el nombre de su enemigo y lo demostró gruñendo con mayor intensidad. Apartó bruscamente a la enfermera y se abrió camino hacia mí. Levantó el pie derecho del suelo, lo alzó en el aire y dio un paso al frente. Antes de posarlo de nuevo para completar, así, el avance, la imagen se quebró duran-

te un segundo, como si de una interferencia en una emisión televisiva se tratase, y pude ver el rostro y la ropa del doctor mirándome fijamente. Pero no, debía luchar contra las estratagemas que sólo mi confusión pretendían. El gran lobo quería simular ser quien no era, aquello que utilizaba como coartada ante los que no eran de su clan, y yo debía saberlo y tenerlo presente en todo momento. Hazte atrás, le dije, no te acerques.

Pero no, volvió a levantar el pie, lo impulsó en el aire y dio un nuevo paso después del que su auténtica percepción surgió, si cabe, más nítida y perfecta. El lobo, cuyas garras me prenderían sin piedad, se estaba acercando mientras, tras él, la enfermera comenzaba a tocarse en esas partes del cuerpo que jamás deberían ser pasto de la lujuria. Parecía excitarse ante la presencia del mal que la había venido cubriendo noche tras noche desde quién sabe cuánto tiempo. Mi destrucción se tornaba lascivia en su mente putrefacta y los pensamientos más innobles debían estar tomando forma dentro de ella.

Realicé un esfuerzo descomunal para sobreponerme a mis dolores corpóreos. No obstante, el sufrimiento que yo en verdad temía era el que no es de este mundo, ése que condenaría mi alma si no hacía nada por evitarlo. Me incorporé, por primera vez desde que me habían postrado en aquella cama del hospital, y me deshice, con un tirón, de las sondas que violentaban mi cuerpo. El lobo se alarmó y aulló algo que no pude, en absoluto, comprender. Se estaba acercando peligrosamente y pronto estaría al alcance de sus garras, de modo que giré sobre mí y salté de la cama. Más bien, caí de ella como un peso muerto y, una vez en el suelo, pataleé cuanto pude antes de reunir el control suficiente para que mis piernas permitieran que me pusiese en pie.

El olor de la bestia infecta habíase hecho dueño de la estancia. El lobo se volvió a la enfermera y la apartó bruscamente de su masturbación con un gruñido articulado en el que, lo supe, le estaba proporcionando instrucciones precisas. Mis sospechas pronto se vieron confirmadas cuando la mujer abandonó la habitación y corrió por el pasillo hasta perderse a lo lejos. Escuché cómo sus pasos apresurados se alejaban sobre el suelo de mármol y escuché, también, cómo, antes de que el lobo hubiera tenido tiempo para poco más que gruñir incoherencias tratando de hacerme suyo mediante una verborrea infernal, volvieron hacia la habitación. La enfermera apareció de improviso rodeada de una jauría de lobos jóvenes y desnudos que se acoplaban los unos sobre los otros.

El jefe de la partida se volvió hacia ellos y les ordenó que me prendieran. Para entonces, yo ya estaba de pie y, asiendo con brío entre las manos el tarro destinado a contener flores, lo estrellé contra la cabeza de uno de los lobos. Aquello pareció servirles de escarmiento, pues la jauría retrocedió hasta la puerta y se mantuvo allí a la espera de que el macho guía de la manada procediera a tomar la iniciativa. Ah, cobardes, se apartaban de mí y podía mantenerlos a raya con un simple frasco de vidrio. Qué ridículamente pequeños se aparecían ante mí que, malherido y adormilado por el dolor, me disponía a asestarles a todos la mejor lección que nunca de nadie habían recibido.

Algunos lobos se marcharon, otros volvieron un rato más tarde y hubo quienes no lo hicieron más. Al que había conseguido herir, no volví a verlo. Probablemente regresó a su guarida para que alguna hembra encelada le lamiera las heridas. Pero los que regresaron, lo hicieron armados de los más extraños artefactos a buen seguro destinados a combatirme con éxito. Los asían desganados y ninguno se atrevía a caminar hacia mí para imponérme-

los, no, al menos, mientras el tarro de vidrio estuviera aún en mi mano. Hice, para probarlos y saber más precisamente de sus instintos, amagos de lanzarme hacia ellos con la intención de abrirles en canal las cabezas y siempre respondían echándose atrás hasta no haber cabido bajo el quicio de la puerta.

A pesar de todo, cuando se daban cuenta de que mi avance no iba en serio y retrocedía hasta posiciones más seguras, volvían a ganar terreno en el centro de la habitación. Llegaron, pronto, a acorralarme junto a la ventana. Miré, de reojo, hacia el exterior y pude ver que me hallaba en una planta alta desde la que se hacía imposible un salto al vacío sin consecuencias fatales. Yo, desde luego, no iba a darles el placer de una victoria tan sencilla, no iba a condenar mi alma dejando de luchar por ella y, de este modo, permitir que el mal avanzara un tramo más en su conquista del reino de Dios.

Llevé mi mano derecha a la nariz. El olor de las bestias era insoportable y comprendí que aquel debía ser el auténtico aroma del infierno. Olían a vientre cortado, a herida devorada por los gusanos, a polen de plantas alucinógenas, a muerte lenta. No os temo, les grité una vez más. No os temo. Y realmente no les temía pues nada de lo que ellos pudieran hacerme sería más doloroso que verme privado de la compañía del Señor. Iba a estar a su lado durante toda la eternidad, sabía que me aguardaba un puesto de honor a su vera simplemente si no descuidaba ni uno solo de sus preceptos y hacía todo lo posible para que, en la medida de que mis impulsos pudieran soportarlo, los mandatos que estaban escritos fueran respetados. Mi mano era una espada de Dios y así lo iba a ser siempre. Por ello, no les temía. Aunque sucumbiera ante su fortaleza, éste no sería otro sino el momento elegido

por mi Señor para que ocupara definitivamente el ministerio que me tenía asignado.

Cerré los ojos para poder comprender, para asumir de una forma plena y cabal, la realidad de mi existencia. No debía desfallecer, no debía hacerlo. Sí, era cierto que no les temía, pero las circunstancias eran unas y no sabía qué hacer para cambiarlas. Estaba solo y no contaba con la ayuda de la Virgen de la Llama, ni con la de su hijo, ni con la del padre del hijo. La prueba a la que estaba siendo sometido iba más allá de lo humanamente soportable. ¿Acaso me sentía merecedor de tanto infortunio? ¿No podían las bestias del averno cebarse, cuanto menos mientras no estuviera recuperado de mis estigmas, con otros seres que, a buen seguro, estaban mucho mejor preparados que yo para hacerles frente? Dios me estaba probando con extrema dureza.

¿Y qué esperaba él de mí? ¿Que cediera al acoso de los informes? ¿Que entregara mi alma sin luchar hasta que el último atisbo de vida hubiera huido de mi cuerpo terrenal? No, en absoluto. El devenir que Dios había escrito para mí no incluía nada de eso. Por ello, levanté mi brazo y, reuniendo en un solo gesto las energías que aún me quedaban, lancé el frasco de vidrio contra la horda. Con la mano de Nuestro Señor actuando a través de la mía, herí al gran lobo gris en medio de la frente.

El animal cayó al suelo sujetándose la cabeza con las manos y pude, entonces, comprender algunas de sus palabras: maldito seas, me has fracturado el cráneo, decía la bestia. Sí, infecta escoria, le repliqué, éste y no otro es el destino que os aguarda a los que dudáis de la certeza del reino de Dios.

3

NUNCA ME HE TENIDO por un hombre de acción pero algo extraordinario, sin duda, debió suceder para que yo pudiera salir de aquella habitación sin más heridas de las que ya era dueño antes. Lo que ocurrió después de que lanzara con todas mis fuerzas el tarro de vidrio, queda en un terreno de cierta nebulosidad y abstracta percepción. Sé que atravesé la línea de mis enemigos con la fortuna suficiente para que estos no pudieran apresarme, recuerdo vagamente mi errar por pasillos desiertos y ha quedado grabada en mí la sensación del aire fresco de la mañana acariciando mi rostro cansado, pero nada más. Eso tan sólo. Es posible que Dios decidiera, por fin, echarme una mano y, median-do su divina intervención, las dificultades fueran diluyéndose hasta parecer nimias.

El caso es que cuando pude recobrar el aliento y una más serena visión de la realidad, me hallaba caminando por una vereda de las que se alejan del hospital bor-

deando un bosquecillo de abedules. Giré no pocas veces la cabeza para conocer si alguien me seguía y pude, en una de ellas, ver sombras en la espesura. Me oculté tras unos matojos y permanecí allí, tan inmóvil y callado como pude, durante horas. Debieron desistir, porque, con la caída del día, no volví a percibir el peligro. Se habían retirado y, probablemente, me daban por desaparecido. Estaba libre.

Las heridas seguían doliendo aunque no mucho más de lo que lo habían hecho hasta ese momento. Me había acostumbrado a convivir con cierta dosis de dolor y, a pesar de que ya no contaba con el efecto de los sedantes, mi fe inquebrantable en la Virgen de la Llama haría el resto. Estaba dispuesto a cumplir, fuera cual fuese, la misión que se me había encomendado.

Dormí toda la noche al abrigo del bosque. Por suerte, no hizo frío y, aunque vestía únicamente la bata del hospital, la oscuridad no me causó perjuicio alguno. Por la mañana, traté de orientarme y trazar un plan. Desde luego, con aquel aspecto no podía presentarme en ningún territorio habitado: no sólo iba mostrando la espalda y el trasero a quien me abordase por detrás, sino que las vendas que aún conservaba, sucias de tierra, me proporcionaban un aspecto tan lamentable como impúdico. Debía, sin duda, conseguir algo de ropa decente.

¿Cómo? No tenía dinero ni sabía dónde me hallaba, así que comencé a caminar sin rumbo fijo. No reconocía la zona, pero sí me daba cuenta de que me encontraba en la zona boscosa y, por lo general intransitada, que discurría entre la ciudad y el hospital. Desconozco por qué, pero había que circular por una estrecha carretera llena de curvas durante al menos diez minutos antes de alcanzar, desde la ciudad, la posición del sanatorio. Muchos debieron pasarlo mal en aquel trayecto a bordo de una ambulancia, pero a mí, sinceramente, tal extravagante disposi-

ción del mapa urbano me salvó la vida. En el bosque hallé el refugio y la paz necesarios para recomponerme y volver a ser yo. Sí, comenzaba a reconocermé.

En una urbanización de los arrabales de la ciudad pude conseguir algo de ropa. No eran más de media docena de casitas bajas con los tejados de pizarra. Atisé con precaución y en el patio trasero de una de ellas encontré lo que necesitaba: una colada se secaba al sol. Hurgué entre las ropas y me di cuenta de que allí sólo vivían mujeres, pero no estaba en situación de hacer ascos a nada. Tomé unos tejanos, una camiseta de algodón y unas zapatillas deportivas y corrí de nuevo al bosque para vestirme. A pesar de haber pertenecido a una mujer, la ropa no me sentaba mal del todo. Incluso las zapatillas, aunque una talla o dos por encima de la mía, me quedaban razonablemente bien. Para suplir el espacio que quedaba libre entre ellas y mis pies, introduje briznas de hierba y barro de una charca. Al secarse, la masa se adaptaría a la disposición de mi empeine y podría andar sin dificultad. Mientras tanto, sólo me restaba seguir caminando hacia mi incierto destino.

La tarde cayó pronto. Avanzaba muy despacio debido a las heridas y a la debilidad que aún dominaba mi cuerpo. Se hizo de noche sin darme cuenta. Caminaba absorto en mis pensamientos y, de pronto, tomé conciencia de que ya no había luz y de que una gran luna amarillenta gobernaba el firmamento. Gracias a ella pude caminar durante un rato más sin chocar contra los troncos de los árboles. Tropecé, no obstante, varias veces con raíces ocultas entre el follaje y, en un par de ocasiones, caí de bruces al suelo. Respiré profundamente y continué mi camino. Intuía que me hallaba en la ruta correcta y, de cualquier forma, sabía que la extensión del bosque no podía ser tal que, independientemente de cuál fuese el sentido de la marcha elegido, tarde o temprano no me topara con terre-

no habitado. En esta zona del país aún existían numerosos bosques y zonas arboladas, pero nada que un hombre no pudiera recorrer en una jornada de marcha. Incluso un hombre que, como yo, se hallaba en un lamentable estado físico.

De repente, me di cuenta de que tenía un apetito atroz. Llevaba más de cuarenta y ocho horas sin alimentarme y, aunque hasta ahora no había sentido la necesidad de hacerlo, el hambre llegó a mí con dimensión inusitada. Necesitaba comer algo. Lo necesitaba casi tanto como saber qué era lo que iba a hacer en el futuro y a qué destino se debían encomendar mis esfuerzos. No, lo necesitaba más, mucho más. Ni siquiera conseguía pensar con el estómago tan vacío. Rebusqué entre los matojos y, aunque apenas había visibilidad, distinguí unos cuantos arbustos repletos de moras silvestres. Engullí, lo confieso, con ansiedad y gula, pero no podía hacerlo de otra forma: el cuerpo se me estaba hundiendo hacia dentro de puras ganas de comer. Habría dado cuenta, si la hubiera tenido a mi alcance, de una vaca entera. En su lugar, las moras eran un sustituto, al menos temporalmente, aceptable.

Una hora después, harto de moras y con la camiseta pringada con su jugo oscuro, me dejé caer allí mismo y dormí profundamente. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que unas voces me despertaron. Fue algo que sucedió de improviso y que me sorprendió con todas mis defensas en suspenso. Dormía como un niño, sin preocupaciones, como si el mundo no pudiera depararme ninguna desazón. Por fortuna, un resquicio de previsión quedó encendido durante el sueño y consiguió despertarme en cuanto las voces se hicieron audibles.

Me quedé quieto, en la misma posición en la que había pasado la noche, alerta, extraordinariamente lúcido. Todos mis sentidos se activaron al unísono. Alguien se

acercaba, dos o tres hombres, cuatro a lo sumo y, a juzgar por su actitud ruidosa y descuidada, no esperaban hallar a nadie en su deambular. Aún no había amanecido por completo pero las primeras luces del alba permitían cierta visión del camino. Abrí un hueco entre las ramas de un arbusto y los vi. Se trataba, efectivamente, de tres tipos de aspecto desgarbado que necesitaban todo el ancho de la vereda para caminar. Debían ser, a juzgar por su traza, vagabundos que se encaminaban hacia algún sitio.

Dudé ante la posibilidad de darme a conocer. No sabía cuál sería su reacción ante el encuentro con un desconocido a tan tempranas horas de la mañana en medio del bosque. Por otro lado, nada tenía que perder. Yo no era más que un lisiado débil y desnutrido que estaba solo y ellos eran tres. La fuerza del grupo estaba de su lado, así que creí que nada debía temer y resolví mostrarme.

Me incorporé y salí al centro del sendero. Se hallaban a unos veinte o treinta metros de mí y uno de ellos, el que caminaba entre los otros, cuando me vio, se detuvo y agarró del brazo a sus compañeros para obligarles a hacer lo propio. Por no parecer agresivo y portador de malas intenciones, levanté las manos y les mostré las palmas. Soy un amigo, grité tratando de que las palabras brotaran nítidas y articuladas. No temáis, podéis acercaros, añadí.

Los hombres titubearon y hablaron entre ellos. No parecían demasiado capaces de modular adecuadamente sus voces, pues cada cosa que dijeron llegó hasta mis oídos sin dificultad: tengamos cuidado, mantengamos la calma, ¿de quién puede tratarse? No pude menos que comprender su desasosiego. La hora y la ocasión no eran los adecuados para entablar una relación con nadie y, a buen seguro, nadie que se preciara de ser medianamente normal podía hallarse allí en aquella condición tan peculiar. Pero yo, aunque pretendía aparentarlo, no era una persona normal.

Aún estaba tratando de averiguar la auténtica naturaleza de la misión que se me había encomendado y, mientras el tiempo de la iluminación llegaba, debía atender mis necesidades corpóreas e inmediatas con la mayor discreción y rapidez posibles.

Volví a tratar de parecer sereno. Soy un amigo, repetí. Esto, si no les convenció, sí les ofreció la suficiente seguridad como para sentirse capaces de abordar la situación. Comenzaron a caminar hacia mí y se detuvieron cuando casi me tocaban alargando el brazo. Consideré necesario, llegado ese momento, exponerles las razones por las que me hallaba allí y con aquel aspecto tan deficiente pero, claro está, no podía contarles la verdad. Y no me estoy refiriendo a la auténtica verdad en torno al sentido que últimamente mi existencia había tomado, a la conversión en un ser tocado por la gracia divina que tenía una misión que ejecutar y, a través de ella, un mensaje que transmitir a las gentes de buena voluntad y espíritu noble. No, no a esa verdad. Me refiero a la verdad más prosaica y temporal, aquella que explicaba que había huido del hospital agrediendo a todo el que se puso a mi alcance y sembrando el pánico entre el personal sanitario. Ésta es la verdad que, en modo alguno, debía transmitirles para calmar sus ansias de saber de mí.

Así que me inventé una historia que no sé si resultó creíble o yo pude narrar con cierta fiabilidad en la inflexión de mi voz, pero que ahí quedó y no pareció precisar de más añadidos: la tarde anterior me había perdido en el bosque y, no pudiendo hallar el camino de regreso a casa, decidí pernoctar a la intemperie. Nada más que eso. El siguiente punto de la historia era el presente: oí voces que me despertaron y cinco minutos después suponían el momento actual. Tres hombres encuentran a un hombre en

un sendero que atraviesa el bosque en los arrabales de la ciudad.

Me costó dilucidarlo, pero sospecho que me creyeron. Y si no lo hicieron, aparentaron hacerlo. No debía parecerles peligroso. Supongo que, como ya he dicho, ellos eran grupo y yo solitaria unidad. Midieron mentalmente las fortalezas de cada cual, evaluaron la potencialidad de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo y, cómo no, las posibilidades que ellos tenían de hacerse con el control de la situación llegado el caso. Las cuentas debieron salirles.

Dijeron cómo se llamaban y yo dije cómo me llamaba. Coincidencias del destino, uno de ellos tenía idéntico nombre al mío, lo cual dio origen a un instante de relajamiento y complicidad que aproveché para sonreír abiertamente y mostrar, así, mi buena disposición a una relación tranquila y amistosa. Ellos también sonrieron y entonces me confesaron que regresaban de pasar la noche en casa de unos amigos y se dirigían a la suya. Todo esto, entendiendo las convenciones que para términos como casa y propiedad estas gentes establecían. Como vagabundos, casi mendigos, que eran, casa la formaban los cartones sobre los que dormían cuando la noche se les echaba encima y propiedad aquello que alcanzaba cierto interés y no era, previamente, de nadie. Noté que, a pesar de que ellos lo sabían y sabían que yo lo sabía, emplear las palabras exactas para definir cada término se tornaba en un hecho esencial, heroico podría decir, que permitía conservar lo que aún nadie les había podido arrebatarse: la dignidad.

Los hombres, realizadas las presentaciones y claras las intenciones de cada uno, me invitaron, si no tenía nada mejor que hacer, a que les acompañara. Me apresuré a agradecer mi buena dicha y les seguí por el camino. Aclaré, no obstante y por eso de no despertar demasiadas sospechas, que lo hacía porque nada mejor tenía en que

emplear mi tiempo y que, por supuesto, yo tenía casa y casa, además, en el sentido literal de la palabra. Sin ofender pero tratando de ganarme cierto respeto y admiración que más tarde podrían resultarme útiles.

No caminamos durante mucho más. Veinte o treinta minutos después, dimos con una escombrera que, usada también como basurero incontrolado, los hombres habían convertido en su hábitat natural. Allí podían permanecer cuanto quisieran sin nadie a su lado que les molestara y disponiendo, gracias al camión de la basura que de vez en cuando decidía evitarse parte del trayecto hasta el vertedero oficial y volcar allí su estimable carga, de un filón de inmundicia que a ellos les parecía el material más precioso del mundo y del que se surtían abundantemente. Me dijeron que aquella era su casa, y cuando decían aquella se referían a toda la superficie de la escombrera sobre la que, al parecer, habían establecido un sentido de posesión que abarcaba hasta los lindes del bosquecillo. Podía quedarme con ellos, añadieron. Para no parecer unos salvajes, habían conseguido levantar, con tablas de madera, cartón rígido y algunas tejas rotas, una pequeña chabola en la que, a duras penas, uno alcanzaba a permanecer en pie sin tocar con la cabeza en el techo, oscura y húmeda, pero acogedora cuando la otra posibilidad era el cielo raso.

Me ofrecieron algo de comida para desayunar: unos trozos de pan duro y algo parecido a la corteza del queso, pero que agradecí con sinceridad y me senté a roer pacientemente. Trataba de no perder detalle de cada cosa que decían, de lo que hacían y de cómo lo hacían. Al principio establecieron distancias y actuaron, sobreactuaron en muchos momentos, pero, poco a poco, fueron relajándose y perdieron la rigidez. No parecía tratarse de gente capaz de mantener la artificialidad durante demasiado tiempo. Eran hombres de mucha realidad y poca ficción,

de manera que un rato después se estaban comportando con tanta naturalidad como lo habrían hecho no estando yo presente. Eso o conceder que me hallaba ante el mejor cuerpo de actores que había visto jamás, cosa que, observando con detenimiento el hundimiento vital de aquellos pobres desgraciados, me resistía a admitir.

Pasamos la mañana sin hacer prácticamente nada lo cual, además, debía ser el estado ordinario en el que allí se ocupaban las vidas. Nos sentamos en unas desvencijadas sillas plegables parecidas a las que se usan para ir a la playa y perdimos las horas contemplando las evoluciones de la suave brisa sobre la superficie de la escombrera. El sol calentaba lo suficiente para tornar agradable nuestro no hacer. Y, la verdad, en aquella tesitura, hacer había dejado de convertirse en una de las prioridades esenciales que alguien en su sano juicio se plantearía.

Pero yo debía recordar quién era y que no había sido llevado hasta allí para ver pasar tranquilamente las jornadas. Me daría unos días de plazo para recuperar los alientos perdidos pero nada más. Debía tener esto siempre presente. Se esperaba algo de mí y no podía defraudarles. Además, según pasaba el rato y mi mente rumiaba una y otra vez las circunstancias que hasta allí me habían llevado, todo se iba clarificando hasta casi vislumbrarse con nitidez.

Transcurrió una semana, a lo sumo diez días. Nos levantábamos tarde, deambulábamos por las inmediaciones y bebíamos vino en cajas de cartón mientras divagábamos sobre todo lo que se nos iba ocurriendo: la deriva de las estrellas, el humus subterráneo, las oscilaciones de los polos magnéticos, el cáncer de hígado, la conveniencia de las estaciones científicas en el Amazonas y, en definitiva, todos esos temas que parecen cruciales cuando se abordan y que dejan de interesar uno o dos tragos de vino después.

A lo largo de aquel tiempo, los vagabundos observaron mis estigmas pero, a pesar de que la curiosidad les embargaba, no preguntaron directamente sobre ellos. A lo sumo, de vez en cuando, una velada referencia con la intención de sondear mi disposición a hablar del asunto, pero nada más. Yo me resistía a darles datos concretos y contestaba a sus insinuaciones con vaguezas. Sabía, no obstante, que pronto debería ofrecerles una explicación convincente. Me había retirado todos vendajes y las heridas sanaban al aire. Aunque la ropa me cubría la mayor parte de ellas, los brazos desnudos, el cuello y la parte del rostro que resultó afectado por el fuego hacían más que evidente de que algo me había sucedido hacía poco, algo misterioso y casi secreto, algo guardado con tanto celo dentro de mí que no debía ser otra cosa que importante.

Sin premeditarlo, surgió la confesión. Nada estaba sucediendo gracias a un plan previsto. Me limitaba a improvisar día a día teniendo en cuenta un par de preceptos claros: debía cumplir una misión y existían seres deseosos de impedírmelo por todos los medios. Por ello, cuando estuve seguro de que los vagabundos no pertenecían a estos últimos, di rienda suelta a lo que llevaba dentro de mí y narré todas las verdades. Supieron, entonces, cómo había llegado al bosque la mañana en la que nos encontramos y conocieron la auténtica naturaleza de mi devenir. Yo era el mensajero de Dios y actuaba por cuenta de la Virgen de Guadalupe, también llamada la Virgen de la Llama, con una intención clara: luchar en el lado del ejército del Señor.

Mientras hablaba, mientras los pensamientos que había guardado sólo para mí durante tanto tiempo brotaban al aire e iban adquiriendo forma de palabras articuladas, noté que, de pronto, se ordenaban, adquirirían sentido y consistencia y, en definitiva, conformaban un cosmos ló-

gico del que el futuro también formaba parte. El sol había caído y comenzó a hacer frío. Era la primera vez que sentía el frío desde que vivía con los vagabundos, pues el sol durante la jornada y la calidez de los cuerpos en la minúscula chabola por la noche, habían bastado para que la temperatura fuera ésa en la que uno no se da cuenta de que existe y de que, además, fluctúa. Pero aquella noche refrescó lo suficiente para que el vagabundo que se llamaba igual que yo decidiera arrastrar desde la parte trasera de la chabola un sucio y agujereado bidón metálico en el que, posteriormente, arrojó unos cuantos trozos de madera y varios arrugados papeles de diario.

La narración de las verdades aún no había concluido y todos, incluido el que se afanaba en la preparación de bidón, no perdían palabra. Su atención se hallaba concentrada en mi voz y sabía que se estaban tomando lo que les contaba como lo que en verdad era: una revelación que, si le daban crédito, les convertiría para siempre en hombres diferentes.

Y sucedió. De improviso, hallé la respuesta a las preguntas que tanto me habían atormentado durante los últimos días. Sí, no había espacio para la duda ni resquicio para la incertidumbre. Estaba encontrando mi camino y pronto todo quedaría desvelado. El conocimiento en torno a mi misión estaba próximo.

Los vagabundos me miraban boquiabiertos. Por primera vez en mucho tiempo, había topado con personas que comprendían la inmensa magnificencia de la obra de Nuestro Señor y estaban dispuestos a tener fe. Aquellos infelices relegados por el mundo a vivir entre la escoria y la basura, en medio de los desperdicios que para nadie eran de interés, se constituían en el verdadero pueblo de Dios. Recordé que ya lo había anunciado: buscad entre los

débiles y los desposeídos pues ellos serán los que con mayor fidelidad me servirán y para ellos será mi reino.

¿Cómo no había caído antes en la cuenta? ¿Cómo habían tenido que transcurrir tantas jornadas hasta que reconociera en mis buenos amigos a los apóstoles que debían auxiliarme en mi obra? Agradecí a Dios por la dicha del reconocimiento y prometí penar por no haber sabido distinguirlos antes. Se había perdido un tiempo precioso mientras nosotros veíamos pasar los días sin hacer nada. La obra de Dios y su mensaje tenían que ser transmitidos cuanto antes. No había excusas para las demoras injustificadas. Mientras yo me ocupaba en reconocer a los míos sobre el mundo terrenal, las fuerzas del mal podían haber avanzado sin resistencia alguna. Sólo Dios sabía cuántas almas se habrían perdido a lo largo de la última semana... Yo, por mi parte, no quería ni pensarlo. Todo por mi culpa, por mi ineptitud y mi incapacidad para interpretar correctamente los signos y las evidencias que me iban siendo ofrecidas.

Comencé, a pesar del frío, a sudar abundantemente. Sentía cómo la camiseta de algodón se pegaba a mi piel, cómo mi cuerpo, bajo la ropa, transpiraba violentamente. Los estigmas me ardían y mi mente comenzó a viajar a velocidades asombrosas. Lograba pensar a la vez en decenas, centenares de asuntos distintos y cada uno de ellos quedaba dibujado con extrema claridad. Toda la niebla había desaparecido de mi interior y experimenté una sensación en extremo placentera. Estaba entrando en comunión con seres que me eran ajenos, pero que reconocía sin duda alguna. Aquel en el que me estaba convirtiendo era mi verdadero yo, la unidad de cuerpo y santidad espiritual que tanto había anhelado.

Me observé las manos y sólo vi en ellas las herramientas a través de las cuales Dios habría de obrar. Los

vagabundos, mientras tanto, observaban estupefactos mi transformación. Yo, para tranquilizarles, les sonreí y les hablé: tranquilos, amigos míos, porque es Nuestro Señor el que ha hecho acto de presencia en esta humilde morada. Sentíos afortunados pues vosotros también estáis entre los elegidos. Y nada temáis porque, en el futuro, vuestras obras serán las del Señor y, tras ellas, el premio será uno y muy claro. Pasaréis a sentaros junto a los únicos y la eternidad estará a vuestro alcance.

Quizás porque no se le ocurrió otro proceder, quizás porque el propio Dios así lo dispuso, el vagabundo que había llenado el bidón de trozos de madera, extrajo una cajetilla de fósforos de su bolsillo y, sin dejar de mirarme, encendió uno y lo acercó a las hojas de papel. Éstas, secas después de días de amarillear al sol, prendieron rápidamente y pronto una llamarada surgió de las entrañas del bidón. El fuego acariciaba los maderos y los iba haciendo suyos. A través de los agujeros laterales que le habían sido practicados, la hoguera comenzó a respirar como si de un ente viviente se tratara. Inhalaba aire y se alimentaba de madera. Crecía momento a momento, iba tomando reciedumbre, cuerpo, presencia. Pequeñas chispas se desprendían de la parte superior de las llamas y se alzaban en el aire acunadas por la brisa.

En el crepitar de la hoguera escuché la voz que me llamaba. La misma voz que con tanta dulzura ya me había hablado antes. La Virgen de la Llama se aparecía por segunda vez y me hablaba y me decía que nunca se había olvidado de mí, que había formado siempre parte de sus planes, que sentía la demora pero que se había hecho necesario un periodo de prueba cuya satisfactoria superación venía a comunicarme.

¿La veis?, pregunté a los apóstoles. ¿Observáis su belleza impoluta? Ellos, incapaces de articular una sola

palabra, se limitaron a asentir mientras sus ojos, abiertos de par en par, no perdían detalle sobre la evolución de la imagen en la hoguera. Supe que debía ejercer de guía para ellos. Recordé cómo había sido mi primera experiencia y pensé que, entonces, alguien a mi lado habría resuelto antes el titubeo inicial. Les informé de que nada debían temer, de que de ahora en adelante estaban tocados por la gracia divina y de que sólo cosas buenas podían sucederles.

Miraos las manos, les ordené. Ésas que ahí veis son por las que ha de actuar nuestro Señor. Me arranqué la camiseta y les mostré mis estigmas. ¡Mirad!, exclamé. Sus marcas están en mi cuerpo y se hace preciso que estén también en los vuestros, pues sólo los que llevan su estigma marcado en la carne pueden pasar a ser miembros de su ejército. Los vagabundos pestañearon repetidamente como queriendo comprobar así la veracidad de lo que les estaba sucediendo. Miraron a su alrededor, desconfiados, asustados, como temiendo que, de pronto, alguien surgiese de la oscuridad y les desvelara que todo había sido una fenomenal broma.

No, no dudéis, les instruí. Lo que os pasa es verdadero. La Virgen de la Llama refulgía en el bidón. Miradla, ordené, ¿acaso algo de tan infinita belleza puede ser concebido por hombres? No, no puede. Debéis tener fe y creer en las señales que nos son ofrecidas. No dudéis y alargad vuestras manos para que el estigma os sea impuesto.

Vacilaron, se miraron los unos a los otros, sonrieron estúpidamente y, por fin, se decidieron. Con un temblor que era perceptible desde varios metros de distancia, abrieron los puños y alargaron los brazos mientras se acercaban al bidón. Cuando se hallaban a la distancia mínima en la que un hombre lograba acercarse al fuego sin quemarse, se detuvieron. Tenían fe, pero les faltaba arrojo. Querían hacerlo, mas no encontraban dentro de sí mis-

mos la valentía necesaria. La madre de Dios es la que está ahí, les grité. Tened fe y permitid que os imponga su estigma. Los hombres que caminan por el mundo marcados con su señal son hombres libres por cuya mano actúa el mazo de Dios. ¿Queréis pasar a formar parte de ese magnífico ejército? ¿Queréis, aún más, aseguráros un lugar en el paraíso?

Por fin, uno de ellos logró juntar el valor necesario para hacerlo. Sus pensamientos eran tan fuertes que los podía escuchar como si los estuviese gritando a los cuatro vientos. Había albergado dudas, pero las evidencias eran diáfanas. La vida le había castigado con dureza, lo había soportado todo para todo perderlo. Caminaba por la senda de los que nada poseen y había realizado tanta penitencia, había sufrido tanto que los pecados que, de esta forma, habían sido purgados, iban más allá de los propios. Se daba cuenta de que estaba penando por toda la humanidad y de que, de tan dura prueba, llegaba la recompensa. El Señor le había señalado como uno de los suyos y aquel que había aparecido una mañana en el bosque era el emisario que les comunicaba tan grata nueva.

No tuvo más dudas y dio un paso al frente. Sus brazos rodearon a la Virgen y movió los dedos para acariciarla con dulzura. La Virgen accedía a sus deseos y permitía que tocara su túnica blanca ribeteada con hilo dorado y el velo de seda azul celeste. El vagabundo se sentía pleno y dichoso, agradecido por haber sido señalado por la gracia divina y elegido para sentir el tacto de la Virgen. Es maravilloso, dijo, sonriendo, a sus compañeros. Seguid mi camino sin dudar. Estoy en comunión con Dios.

Los otros dos, asustados, decidieron seguir las indicaciones de su amigo. Era ése con el que compartían sus vidas el que les informaba de que nada malo les ocurriría si tenían la fe suficiente. Así lo hicieron y así sucedió.

Introdujeron sus brazos en el bidón y prorrumpieron en carcajadas de júbilo. Sentían la bondad divina corriendo por el interior de sus cuerpos, conocían, como sólo unos pocos elegidos a lo largo de la historia habían podido llegar a conocer, cada una de las verdades que están escritas y que ahora les eran desveladas. La Virgen de la Llama les mecía en su gloria y respiraban el aliento de Dios.

Me regocijé ante tanta dicha y aquel fue mi error. Perdí la concentración durante unos instantes mientras observaba la transformación de los vagabundos en apóstoles. Los estigmas estaban grabados en sus carnes y finalizaron la ceremonia cuando la hoguera menguó de intensidad. Entonces, les llegó el dolor. Se lanzaron al suelo, aullaron, rodaron por la escombrera, imploraron que pasase, pero ya nada se podía hacer. Lo sucedido, era, en cualquier modo y forma, irreversible. Habían pasado a formar parte de los que guerrear en el lado de Dios y las señales que lo demostraban aparecían inconfundibles en sus brazos. Mientras la escena gloriosa era contemplada, el fuego consumió los maderos y se extinguió rápidamente. Cuando me di cuenta de lo que sucedía, era demasiado tarde. Intenté reavivarlo soplando desafortadamente las brasas, busqué qué arrojarle para proveer alimento, hallé unos trozos de plástico que introduje con cuidado en el fondo del bidón, recé, pedí, abrí mis brazos al cielo en súplica, pero nada sucedió: la Virgen de la Llama había desaparecido. No estaba, se había marchado. Mi imprevisión había acabado con su presencia.

No desfallecí. Decidí que en mi culpa existía una señal. Dios había obrado a través de nosotros y nos ofrecía un plan, un destino, una misión sobre la faz del planeta. Debía buscar a la Virgen de la Llama allá donde se encontrara y, una vez hallada, mi deber único era el de construirle un templo magnífico y suficiente para que su extrema bon-

dad fuera participada por todos. Me persigné y juré solemnemente cumplir con mi misión. A Dios encomendaba cada uno de mis actos futuros.

4

LAS QUEMADURAS de mis amigos no eran demasiado graves, pero los tres insistieron en que debían ir al hospital para que se las curasen. Yo me negué en redondo pues sabía de la malignidad que allí habitaba, pero el dolor era tan intenso que no pudieron aguantar más e ingresaron en urgencias. Les hice jurar, antes de partir, que se mantendrían siempre alerta y les pedí que no se fiaran de nadie. Por supuesto, la verdad en torno a cómo se habían producido las heridas no debía ser desvelada bajo ningún concepto. La naturaleza de su nuevo estado de gracia suponía un secreto que sólo a los que a nuestro lado caminaban debía ser manifestado. Tan siquiera eso. Bastaría mostrar los estigmas para que quien hubiera de hacerlo, comprendiera. Sin palabras, sin confesiones, sin gestos vacíos de contenido.

Regresaron quince horas después con los brazos vendados. En el hospital habían intentado persuadirlos para que se quedaran pero cuando supieron que ninguno

de ellos poseía seguro social, lo dejaron correr sin insistir más. Tres indeseables más que parasitasen la ya sobrecargada sanidad pública no eran del agrado de nadie. Si a esto se sumaba el hecho de que los propios pacientes repetían una y otra vez que bastaba con un cura de urgencia y que deseaban ser dados de alta inmediatamente, el resto fue sencillo. Les limpiaron las heridas, las cubrieron de ungüentos, les administraron sedantes y les permitieron marchar.

Mientras duró su estancia en el hospital, sintieron, en todo momento, el verdadero miedo. Me contaron, más tarde, que jamás habían experimentado un terror similar. Tras cada puerta, bajo la ropa de los que se les cruzaban en el camino sin dirigirles la palabra, en el rostro de todas las personas que iban y venían atareadas en asuntos intricables, los apóstoles esperaban hallar la presencia de aquellos contra los que yo bien les había advertido: cuidaos de las bestias del averno, les dije seriamente. Ellas son nuestros enemigos, añadí, y a su combate consagraremos nuestras existencias. Pero vosotros aún no estáis preparados para hacerles frente. Si las divisáis, huid con todo el nervio que vuestras piernas os permitan y regresad a mi lado. Yo os enseñaré cómo darles justa derrota.

Por suerte, no las vieron. Dijeron que habían mantenido constantemente la atención pero que, gracias a Dios, no hicieron acto de presencia. Es posible que no les hubieran reconocido. El servicio de urgencias del hospital es un océano de personas en la que a duras penas se puede hallar a nadie. Esto les salvó. Simplemente pasaron desapercibidos y, teniendo en cuenta el escaso periodo de tiempo que emplearon en entrar, recibir la cura y salir, las bestias no pudieron localizarles y reconocer sus estigmas. El Señor había caminado junto a ellos y sus almas estuvieron veladas en cada momento.

Resolví que ni un minuto más podíamos pasar en la chabola de la escombrera. Se hacía necesario comenzar a trabajar en nuestra sagrada misión. La Virgen de la Llama nos aguardaba en quién sabe qué lugar y, una vez hallada, debíamos construirle el templo que su naturaleza precisaba. Había llegado la hora de partir, de internarnos en la ciudad, de buscar y buscar hasta dar con su paradero, de interpretar con equidad cada una de las señales que fueran puestas a nuestro alcance y levantar, allí donde fuese descrito, el templo digno de su misericordia.

Pensé, antes de partir, en mamá. Supe que estaría sufriendo. Desde la huída del hospital, nada sabía de mí. Había pensado varias veces en llamarla, pero no me atreví a dar el paso. ¿Y si ella estaba siendo vigilada por las fuerzas del mal a la espera de que entráramos en contacto y dar, así, conmigo? ¿Y si la pobre había sucumbido y era una de ellos? No tenía respuesta para tales preguntas. Por si acaso, debía protegerme y proteger lo santo de mi misión. Ahora tenía otra madre mucho más importante a la que servir. Ella sabría comprender el sufrimiento que la separación provocaba en ambos y premiar convenientemente cuando llegara la hora. Mamá encontraría, a través de mi devoción y de su creencia y amor por mí, el rincón adecuado en el reino de Dios. Porque, y a fin de cuentas, ella era la madre del elegido, el vientre que había parido a aquel que un día sería llamado a construir el templo glorioso y perfecto de la bondad manifiesta. Sí, mamá debería sufrir con mi ausencia, pero como camino previo hacia su salvación definitiva. Lástima que no pudiera comunicarle tan excelsa dicha. Pero no, no debía ponerme innecesariamente en peligro. Tan siquiera tenía derecho a ello. Debía proteger mi vida porque ésta era preciosa ante los ojos divinos. Yo no era más que una herramienta, pero tan necesaria y certera que cualquier cosa que no fuera mi preser-

vación debía desecharse. Hasta que las fuerzas del mal que se enfrentaban a Dios no fueran combatidas sin clemencia y cada una de las transmutaciones del demonio extinguidas, mi objetivo tenía que ser permanecer a salvo.

Los apóstoles se dispusieron a seguirme. Recogieron en varios hatillos todo lo que creían que les sería necesario y lo cargaron sobre sus hombros. Reflexioné antes de concluir que sus posesiones terrenales no iban más que a retrasarnos en nuestra búsqueda, así que solicité que todo fuera abandonado antes de seguirme. Les prometí que nada habría de faltar a mi lado. Dios proveerá, dije. Dios, como siempre lo hace, cumplirá su palabra.

Nos sentimos algo perdidos al principio. La ciudad no era la misma ciudad que yo había dejado cuando me eché al monte con una caja de cerillas en el bolsillo antes de sucederme lo que me sucedió. No, la ciudad había cambiado. O, en realidad, seguía siendo la misma y lo que en verdad se aparecía distinto era la percepción que yo tenía en torno a ella. Sobre todo, los efluvios. Olía distinta. Mejor dicho, olía más. Mi capacidad para percibir los matices de los aromas se había multiplicado por mil. Podía separar, sin asomo de duda, los que estaban siendo generados por las industrias del mal de aquellos con los que los entes benévolos nos obsequiaban. Supe distinguir, oteando el aire, a cada una de las bestias en las que el demonio traslucía. Ahí estaban, unas cuantas manzanas más allá o al otro lado de la ciudad, las conseguía oler como si estuvieran defecando a mis pies, montándose y eyaculando fluidos nauseabundos en medio de las aceras, sin ocultarse de los niños ni de las almas candorosas, concibiendo bastardos de razas mezcladas y fétidas muestras del insulto a Dios. Mi percepción de la ciudad se había engrandecido. Lo veía mucho más claro: el mal reinaba por doquier y debía hacerle frente.

No quise dar ningún traspíe, de modo que pedí a los apóstoles que se dirigieran con cautela. El centro de la ciudad es el lugar más peligroso, les dije. Esos inmensos centros comerciales, la muchedumbre abalanzándose sobre lo suciamente terrenal, los automóviles, las calzadas, el aroma del aire, todo, estaban impregnados de una pestilencia que delataba a sus verdaderos moradores. Las bestias debían habitar aquel paraje pero escondidas de forma que no pudieran ser descubiertas con facilidad y la labor maligna en la que ocupaban su tiempo se desarrollase sin contratiempos.

Resolvimos, pues, no avanzar, por el momento, más allá de los suburbios de la gran urbe. Nuestra decepción llegaría cuando, con asombro, tomamos conciencia de que no sólo el mal se apostaba en el área rica de la ciudad, sino que también había hecho suyos, si cabe con mayor facilidad, todos los puntos en los que la podredumbre, la inmundicia y el desencanto habían hundido sus raíces. Vimos hordas de indigentes paralizados por el pánico, hundidos en la más miserable de las derrotas, con el alma en suspenso y los sentidos abotargados por todas las sustancias nocivas que ingerían sin control. Les pedí paz y ayuda, pero pocos fueron los que nos las prestaron. Tuvimos que pernoctar en albergues de la beneficencia, cuando no en la calle, y comimos de la limosna que las almas piadosas prestan a los desheredados.

Mis apóstoles no parecían sentirse ajenos a aquello. Ése había sido, desde hace tantos años que casi no recordaban otro, su mundo, su ecosistema natural en el que se desenvolvían con la soltura de quien conoce a la perfección cada una de las reglas necesarias para sobrevivir: alejarse de los grandes predadores, aliviar la sed en las charcas cuando el peligro está lejos, huir de los combates entre iguales como único método para asegurar la vida de los

contendientes, atacar a los más débiles cuando se hallen en su peor momento, devorar de inmediato las piezas y enterrar la carroña.

Pero supe una cosa que me satisfizo de aquel mundo: los hombres que lo habitaban sabían del valor del fuego y, como tal, lo atesoraban y le presentaban pleitesía. Ni uno solo de ellos disponía de un objeto máspreciado que su cajetilla de fósforos. La guardaban bajo la ropa, oculta, segura, en aquellas zonas que ni un registro concienzudo pudiera desvelar. De la caja y de su contenido dependía el bienestar en muchas noches a la intemperie. A pesar de todo, ninguno veneraba a Nuestra Señora y ninguno de ellos daba señales de conocerla.

Las cicatrices no eran extrañas a aquellos hombres. Las tenían en la completa extensión de su cuerpo y, aunque sólo en las partes visibles podía examinarlas sin problemas, pronto deseché la posibilidad de que alguna de ellas tuviera carácter de estigma. No, lo que los infelices llevaban impreso en sus carnes no era otra cosa que el recuerdo de las batallas emprendidas contra enemigos que nada tenían que ver con los nuestros: pequeñas escaramuzas callejeras, pinchazos de navajas abiertas, hematomas provocados por caídas, puñetazos y refriegas, autolesiones infligidas en episodios de locura, rémoras de épocas pasadas, adversarios escasamente hábiles para la muerte... Nada que tuviera que ver con nuestro pueblo y los que dábamos la existencia por él.

En uno de nuestros deambulares entre casuchas de cartón y contenedores de basura, en terreno desconocido incluso para el más avezado de mis apóstoles, hallamos a un hombre que nos habló de una iglesia en la que ofrecían comida y auxilio para el espíritu a aquel que los solicitara. Como llevábamos más de dos días sin comer nada que no fuera lo que supimos encontrar introduciendo los brazos

en las papeleras, decidí que podíamos acercarnos e intentar conseguir un cuenco de sopa caliente.

No me gustaba tomar algo que Dios no pusiera directamente en nuestro camino, y me gustaba aún menos que los apóstoles se acostumbraran a ello, pero sabiendo del esfuerzo que estaban realizando para seguirme en la misión, resolví que, por una vez, se debía hacer una excepción. Además, el hecho de que se tratase de un recinto sagrado ése en el que nos proveerían alimento, me ofreció confianza. No podía, el demonio o cualquiera de sus extensiones, haber tomado la casa de Dios al asalto y yo no saberlo todavía.

El templo estaba consagrado al santo varón que había acompañado a la Virgen en el duro trance del alumbramiento. El hecho de tratarse de José y de que, tanto uno de los apóstoles como yo mismo nos sentíamos dichosos de portar su bendito nombre, ayudó a pensar en aquel como en uno de los refugios que Dios disponía para los suyos en medio de los arenales del desconcierto. Entramos por la puerta que vimos abierta y allí se apretaban decenas de perdidos que comían en silencio mientras un sacerdote leía las sagradas escrituras. Una columna de platos se levantaba junto a una gran olla de hierro tras la que dos monjas servían indiscriminadamente cazos de humeante caldo. Junto a él, proporcionaban un mendrugo de pan y un puñado de higos secos. Después de recibir nuestra ración, tomamos asiento donde lo había y empezamos a comer.

Nadie hablaba y sólo la voz del sacerdote rompía el desagradable sorber de los impuros. Les rogué a los míos que no olvidaran quiénes eran y que, en consecuencia, no ofendiesen a Dios ingiriendo con grosería los alimentos que había tenido a bien poner en nuestras bocas.

Me llevé, distraídamente, la cuchara a los labios y escuché sin demasiado interés la parsimoniosa voz del cura. Recitaba los salmos a mis espaldas con total carencia del sentido del ritmo, destrozándolos en cada versículo, rompiendo la musicalidad existente en cada una de las sabidurías allí impresas. La sopa apenas tenía sabor, pero estaba caliente y agradaba al estómago. Media docena de garbanzos hundidos en el fondo del plato suponían el único elemento sólido en medio de aquel despropósito al que llamaban comida. La cuchara jugó con ellos mientras yo trataba de mordisquear un arenoso higo. Su sabor era áspero pero si no se le prestaba demasiada atención, tendía a mitigarse hasta casi desaparecer.

De pronto, observé con estupefacción cómo los garbanzos se alineaban en el fondo de mi plato y de ellos surgía el más maravilloso ángel que ojos humanos han podido contemplar desde el día de la anunciación. Tenía las alas inmaculadamente blancas y las agitaba con tal gracia que el aire que removían se tornaba música. Su consistencia era semitransparente, de manera que alcanzaba a ver a través de él. Miré y me vi a mí mismo en una existencia descrita al revés y a gran velocidad. Fui hombre, fui niño y fui esencia en el vientre materno para volver a comenzar de nuevo. Se repetía una y otra vez y me ensimismé en su contemplación. Todo lo que había sido yo lo era múltiples veces y siempre en sentido inverso para después volver a comenzar de nuevo. Casi me caigo de la silla y tuve que sujetarme a los brazos de mis compañeros de mesa para no verme en el suelo. Dios Santo, cuánta belleza ante mis ojos.

Mamá también aparecía en el interior del ángel. Fui consciente, entonces, de cómo me crió, cómo cuidó de mí en los tiempos difíciles, cómo se convirtió en la columna central que me sostuvo hasta que pude hacerlo por mí

mismo. Mamá, me di cuenta, había sido lo más importante de mi vida y sólo la presencia de María Elena había turbado tanta desdicha. Ah, si pudiera deshacer el pasado... Desdeñaría a la que me perdió antes, mucho antes, de darle la oportunidad de hacerlo. La mandarían, inmediatamente después de ser presentados, a hundirse en las arenas movedizas más profundas del mundo y no tocar fondo hasta una semana más tarde. Con las mismas y precisas palabras que ella empleó para hacer lo propio conmigo.

Vi en las entrañas del ángel cómo mamá me lo advertía: José María, esa muchacha no te conviene. Pero yo hice caso omiso de su consejo y me enfrenté a su sabiduría. Eso mismo dijo mamá: José María, esa muchacha no te conviene. Yo, inexperto y desconocedor de la verdadera naturaleza de las mujeres, negué con la cabeza hasta tres veces y la aparté de mí para caer, irremisiblemente en los brazos de ella y en la posterior perdición. María Elena, la que había descompuesto mi alma hasta obligarme a correr al monte y prender las ochocientas cincuenta y tres hectáreas de bosque que luego quedarían en menos, pero que supuso el punto de inflexión en torno al que mi vida fluctuó, el día se convirtió en noche y la noche en día, y las bestias del averno quedaron para siempre desatadas.

Ahora era mi misión volverlas a sujetar y conseguir, así, alcanzar la paz, mas mientras ese instante llegaba y la batalla final podía ser desencadenada, el ángel surgido de mi plato de caldo y de la alineación magnífica y extraordinaria de los garbanzos en su fondo, me mostraba la verdad y el camino, las rutas y las condiciones, el pasado y su perspectiva hacia el infinito.

Me miró. El ángel, en su misericordia, me miró y me dijo que él había llegado hasta mí para prevenirme y ordenarme que volviera a mantener el estado de alerta. Estamos en la casa del Señor, le grité para que mi voz se

oyera clara por encima de la música de sus alas. No, respondió el ángel. Observa con ojos cristianos y verás la verdad en torno a lo que sucede. Con ojos cristianos, añadió. Dios Santo, imploré, también tu casa ha sido sometida a las fuerzas del mal. Caí de rodillas en medio del comedor y comencé a orar mientras mis apóstoles me imitaban de inmediato. Tomé sus manos entre las mías y las enlazamos para que nuestras oraciones pulsaran al unísono los poderes malignos y los expulsaran lejos del hogar santo de Dios.

Entonces oí, tras de mí, la voz más lúgubre y siniestra que en la vida escucharían mis oídos. El propio diablo bramaba mi nombre y entendía su significado. Hijo mío, decía la voz, alza tu figura ante mí. Cada una de aquellas palabras se afiló en el aire y entró en mi interior como flechas orientadas a destruir a un adversario irreductible. Solté las manos de los apóstoles y rodé por el suelo tapándome las orejas con los brazos en vano intento de impedir el tormento.

Mis simples manos terrenales no pudieron hacerle frente y las flechas volvieron a penetrar en mi interior directas a la mente: hijo, levántate y dime quién eres. Jamás, respondí con los ojos cerrados y volviéndome hacia el suelo. No podrás conmigo, le grité a la voz del abismo. Inhalé profundamente un par de veces y me revolví. Yo era quien era, y no debía permanecer en estado de indefensión. ¿Qué habrían de pensar de mí los apóstoles? Correspondía actuar, así que me puse en pie de un salto.

Los indigentes habían dejado de comer y se agolpaban cerca de mí pero sin atreverse a tocarme. Formaban un círculo que ocupaba el centro de la estancia y aguardaban acontecimientos. Supe que ellos no lograban ver al ángel y que estarían, tan sólo, escuchando mi voz. ¿Y mis apóstoles? Ahí se hallaban, a mi lado, con una rodilla en

tierra y la otra presta para correr hacia el peligro, fieles, aguardando mis instrucciones.

¿Recordáis lo que os dije?, les pregunté. Ellos asintieron en silencio. El mal nos acecha allá donde menos lo esperamos, expliqué. Y ésta es la prueba que corrobora todo lo señalado. El Ángel del Caldo ha venido a mí para señalarme los lugares en los que el demonio mora. Y, sabed, estamos en uno de ellos. El bastardo que ha hecho de ésta su casa, debe ser extremadamente poderoso pues el mismo Dios ha preferido retirarse antes de permitir que inocentes caigan atrapados en la lucha. Su bondad no conoce límites. Es el momento de que quien porta las armas verdaderas, luche contra la bestia.

La voz bramó de nuevo: muchacho, eres un siervo de Dios. Desde luego, lo era, pensé, y ahora que me había reconocido, la batalla estaba próxima. Alcé la mirada y vi a la enorme rata erguida sobre sus patas traseras mirándome con los ojillos inyectados en sangre. Los brazos, muy cortos, apenas se separaban del cuerpo. Comenzó a caminar con torpes pasos hacia mí.

Me cubrí los ojos con los dedos y retrocedí cuanto pude para ganar tiempo pero el Ángel del Caldo me habló de esta forma: entre los que parecen ser servidores de Dios, también mora el demonio. Combátelo con presteza. Eso me dijo y levantó el vuelo hacia el techo del comedor. ¿Qué podía hacer yo? La rata tenía un tamaño descomunal. Superaba con creces los dos metros de altura y su envergadura era monstruosa. Sabía que si me sometía a su abrazo, sucumbiría de inmediato. Decidí que necesitaba condiciones más favorables que las presentes para combatirla.

Indiqué a los apóstoles que había llegado la hora de marcharnos. No nos retirábamos, simplemente buscábamos un terreno más propicio para luchar contra la rata y vencerla. Los apóstoles, de inmediato, abrieron un hue-

co a empujones entre el círculo de mendigos observantes. Buscaron más allá de ellos y dieron con una puerta cerrada que no sabíamos a qué lugar llevaba. No obstante, se convertía en la única posibilidad de huir de la presencia de la rata sin abandonar el edificio.

Yo me sentía bastante confuso, pero los míos me arrojaron sin flaquear y tiraron de mí hacia la puerta. Uno de ellos la abrió y aguardó a que los demás pasáramos antes de hacerlo él mismo y cerrarla tras de sí. El ángel, grité sintiendo que le estábamos abandonando. Pero los apóstoles sabían que no existía enemigo capaz de destruir a un ente levantado sobre la bondad y etéreo como los sonidos. Déjalo, dijeron, nada le sucederá. Se hace preciso ponernos a salvo antes de sucumbir innecesariamente.

Accedimos a un largo pasadizo que llevaba a más puertas y éstas, una vez atravesadas, a otras y a otras, y así hasta ser incapaces de llevar la cuenta. Deambulamos por el interior del templo, subimos escaleras, las volvimos a bajar, visitamos los sótanos, el refectorio, la sacristía, el coro, qué sé yo cuántos aposentos antes de dar con las habitaciones privadas del sacerdote.

La guarida de la rata se componía de dos pequeños habitáculos conectados entre sí por una puerta y un pequeño evacuatorio con lavabo. Nos sentamos sobre la misma cama en la que la bestia reposaba su cuerpo y tratamos de recuperar el aliento. Durante unos minutos, nadie habló. Por fin, me di cuenta de que los apóstoles esperaban mis indicaciones. Observé la estancia. Había libros por todas partes, papeles, formularios, álbumes, cuadernos y libretas que, a buen seguro, contendrían precisas anotaciones sobre los procedimientos, rituales y bitácoras que la rata había estado siguiendo durante el periodo de usurpación. Quemadlo todo, dije. Que el fuego purifique la maldad que reina en este salón.

Los apóstoles no titubearon. Cinco minutos después, la habitación ardía y todos los documentos de la rata sucumbían bajo las llamas. Ayudemos al fuego, pedí antes de comenzar a arrojar sobre él cuanto se ponía a mi alcance y parecía combustible. Que no quede nada, ordené. Los apóstoles, en ésta su primera prueba verdadera, respondieron como auténticos soldados de Dios. Conocían su naturaleza y no se arredraron. Mi misión era su misión y lo sabían. Me sentí feliz de contar con su ayuda. Ya no estaba solo y compartiría la gloria que había de llegar.

Pero para que ese día nos alcanzase, aún faltaba mucho. Mientras tanto, debíamos hacer frente a lo que de inmediato nos reclamaba. Escuchamos los bramidos de la rata acercándose por el pasillo. Supe que había llegado el momento de hacerme cargo de la situación y capitanear a mis fieles. Vamos, les dije. Aquí no queda más por hacer.

Volvimos a salir al pasadizo y antes de comenzar a correr, vimos a la rata girando en el último recodo antes de llegar a nuestra posición. Había observado el humo que salía de lo que hasta entonces había sido su guarida y comprendió lo que habíamos hecho. La constancia de su trabajo quedaba perpetuamente dispersa. El fuego la estaba consumiendo y nadie podría rescatar nada de aquella purificación. Por primera vez, la miré fijamente. Sus ojos, oscuros y apretados en el rostro, me correspondieron. Nos sostuvimos la mirada y quedó dicho sin palabras todo lo que de ningún modo puede verbalizarse pues no existen términos para medir tal grado de odio y resentimiento.

La rata, gorda y desmañada, chocaba una y otra vez contra las paredes que le dificultaban el avance. Los apóstoles, pendientes siempre de mí, tiraron de mi brazo. Vamos, decían, no podemos demorarnos más. Debemos salir de aquí. Giré la cabeza y miré hacia el otro lado del pasillo. No sabía qué había más allá, pero teníamos que

intentarlo. Correr era nuestra única posibilidad. La rata se hallaba presa de la cólera que le había provocado la destrucción de su guarida y no suponíamos enemigo para ella en aquellas circunstancias. Busquemos abrigo y rehagamos nuestro plan, dijo uno de los apóstoles.

Así, corrimos y volvimos a cruzar cuantas habitaciones se pusieron a nuestro alcance. Pasamos de nuevo por algunas que ya habíamos transitado en nuestra anterior huída y accedimos a otras desconocidas. La iglesia era un laberinto de pasillos y estancias donde se hacía fácil perderse. Nosotros, desde luego, lo estábamos hacía tiempo, pero no disponíamos de otra opción que no fuera huir hacia delante. Si pronto no hallábamos una puerta de salida, estaríamos perdidos para siempre.

Entonces, el Ángel del Caldo se apareció de nuevo y abrió sus brazos en el aire enseñándonos las palmas transparentes. Su sola presencia nos calmó y recompuso nuestro aliento. Él se ocupaba de protegernos y suponía el guía que, en el interior de aquel edificio, tanto ansiábamos. Extendió su mano diestra hacia nosotros y la situó tan cerca que casi la podíamos tocar. De pronto, cerró todos los dedos excepto uno y ése lo giró hacia una de las puertas, hacia una en concreto. Nos indicaba, sin duda, el camino que debíamos seguir.

Por ahí, grité a los apóstoles. Sigamos las indicaciones del Ángel del Caldo y estaremos a salvo. Apresuradamente, atravesamos la puerta y accedimos a una estancia de dimensiones excepcionales. Se trataba, claro está, del corazón del templo, del punto en el que la santa misa tiene lugar y al que los fieles acuden para encomendar sus almas a Dios. Lo observé con detenimiento. Estábamos en el sitio que había sido la mismísima morada última de Nuestro Señor antes de que la rata lo expulsase de ella. La luz se dibujaba tenue, pero era la suficiente para tomar

conciencia del perímetro y de cada uno de los objetos allí presentes: los bancos destinados a los fieles, el retablo, el púlpito desde el que se oficiaba, las benditeras de piedra, la lámpara de araña... Sí, aquella situación nos era propicia y en ella podríamos presentar batalla a la rata con posibilidades de salir indemnes.

Olisqueé el aire. No había duda. Allí la bestia había pasado tanto tiempo que su olor lo impregnaba todo. Pensé en la maligna labor que habría dispuesto utilizando el púlpito. Desde él, los fieles escucharían las voces de la discordia dando por buenas cada una de las palabras pronunciadas. Inocentes, desconocían que era el mal quien hablaba por boca interpuesta. Pero la rata no volvería a subirse al púlpito y jamás sus enseñanzas confundirían a las buenas gentes. Me iba a ocupar de ello y en ese momento.

Junto a los apóstoles, levanté una barricada utilizando los bancos de madera. Uno de los míos se apostó junto a la puerta por la que habíamos accedido al recinto y estableció allí su punto de vigilancia. Él se ocuparía de dar la voz de alarma cuando la rata se acercase. Porque eso, tarde o temprano, iba a suceder. Pero esta vez no íbamos a huir más. No, había que atraparla y dar cuenta de ella. Su ministerio estaba a punto de finalizar. Si se hace necesario, añadió un apóstol, podemos dar fuego a todo el edificio y esperar que sucumba con él. Pero yo no estaba dispuesto a destruir para siempre una de las casas de Dios. Nuestro objetivo, dije, era recuperarla para su reino. Debemos ganar batallas para los que nos quieren y evitar destrucciones innecesarias. Lo que una vez nos perteneció, nos pertenece eternamente. Y los lugares sagrados lo son a pesar de que las bestias babeen sobre ellos.

Además, no sabía cuántas personas ajenas al engaño podían encontrarse en el edificio. Al margen de los in-

digentes que mendigaban alimento en el comedor, no sería de extrañar que más inocentes habitasen el edificio. Su destrucción era inadmisibile pues aunque Dios permitía que en caso de necesidad extrema se aniquilase a los suyos si con eso quedaban destruidos los enemigos, no nos hallábamos tan desesperados. Destruiríamos a la rata sin obligar a Dios a reconocer las almas de sus gentes entre la muchedumbre informe.

Oímos las sirenas de los camiones de bomberos acercándose para sofocar el incendio que habíamos provocado. La rata les había avisado. Como si alguna de sus íntimas posesiones pudiera aún salvarse de la destrucción total... No, nos habíamos asegurado de que nada quedara lejos de las llamas. Pero esto no dejaba de resultar un problema adicional. ¿Recordáis a los monos?, dije a los apóstoles. Asintieron con horror. Les había narrado con detalle mi brutal enfrentamiento con ellos y ahora sabían que esos que con tanta crueldad se habían comportado, estaban a punto de penetrar en el edificio. Están a punto de penetrar en el edificio, les aclaré por si acaso. Los hombres enmudecieron y el pavor apareció en sus manos temblorosas. Tranquilos, añadí, no son demasiado peligrosos. Pueden ser abatidos sin dificultad. Les vencí una vez y les venceré tantas veces como sea necesario.

Ya habíamos terminado de construir nuestras defensas pero aún nos faltaba trazar una estrategia para acabar con la poderosa rata. Y no disponíamos de demasiado tiempo. En unos minutos, si no dábamos con la solución antes, todo habría acabado de forma irremediable para nosotros. Pensar, pensar, debía pensar y concentrarme en el modo de destruir a la rata. Estaba muy cerca, demasiado cerca y, aunque mi hombre en el puesto de vigilancia aún no la había divisado, yo lograba olerla desde mi parapeto. Miré lo que me rodeaba. ¿Con qué podíamos combatirla?

No había demasiadas cosas que pudieran convertirse en un arma ofensiva. Pero como si el mismísimo Ángel de Caldo me lo hubiera señalado con su impoluto dedo, di, de improviso, con la respuesta: del centro exacto del templo colgaba una larga cadena en cuyo extremo descansaba un majestuoso y brillante incensario.